



# Hojas de viaje

Armando Quiroz Benítez



Armando Quiroz Benítez nació en Pabellón de Arteaga, Ags. en 1958. Es profesor normalista. A lo largo de 42 años ha ejercido la docencia en diferentes planteles de educación primaria, secundaria, media y superior.

Ha colaborado en revistas como *Parteaguas*, *Blanco móvil*, *Ventana interior* y *Tierra adentro*. Obtuvo primer lugar en certámenes nacionales como el concurso de poesía de la revista Punto de partida de la UNAM (1989), el concurso de cuento sobre símbolos patrios convocado por el CONACULTA (1996), y mención honorífica en el premio de poesía “Alí Chumacero” (1999).

Varios de sus textos han sido incluidos en libros colectivos como *Escándalo de agua* (1983), *Cuentistas de Tierra adentro* (1995), *Cien años de poesía en Aguascalientes* (2001), *Contorno del fuego. Poesía* (2013), *Contorno del agua. Narrativa* (2013) y *CRENA: testimonios de la primera generación* (2016).

Entre sus publicaciones individuales están el poemario *Alegorías del desdén* (1998), el libro de cuentos *La noche circular* (1999) y el texto autobiográfico *Memoria desde el sueño* (2017).

En la actualidad trabaja como profesor de grupo en el Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes.

“El *Ardolino* se revuelve en el tráfico intenso, casi caótico de una ciudad vespertina sofocada en el escarceo de vehículos y transeúntes, de esa masa citadina, frenética, de individuos absortos en un ir y venir empecinado, tratando de sumarse, cada uno a su manera, al espíritu inmutable de una urbe consentida por la Historia.

Me lo habían contado, lo había leído, pero ahora lo veo. Roma es una ciudad infinita, una vibración de epopeya interminable, es la huella incesante de los tiempos, la propagación del hombre y su visión terrena; es el estruendo inconcluso de una dimensión sin nombre, el murmullo remoto de las horas detenidas.

Y si es tarea imposible describir todo lo admirado en las ciudades visitadas, Roma es el acabóse: para nombrarla entera se necesita algo más que las palabras, mucho más que el testimonio; más aún, no alcanzaría una vida entera para descubrirla y definirla. Por el momento, a mí me basta el asombro para registrar estas insignificantes líneas, simple divertimento de un viajero ocasional y estupefacto, pues aunque son miles las palabras, los ojos nada más son dos y el tiempo sólo uno.”

# Hojas de viaje

Armando Quiroz Benítez

# Hojas de viaje

© D.R. Armando Quiroz Benítez

Primera edición, 2019.

ISBN:

Edición del autor.

Diseño gráfico:  
LDG Olga Yveete Guerrero Cardona.

Fotografía de primera solapa:  
América Quiroz.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico, sin autorización por escrito del autor.

## Índice

Advertencia.....	5
Milán, el castillo y el <i>duomo</i> .....	13
Verona, la casa de Julieta.....	23
Venecia, ensueño flotante.....	31
Florenia, la ebriedad renacentista.....	39
Asís, emanación de santidad.....	53
Roma, la Historia en caudal.....	63
Pompeya, una ciudad fosilizada.....	81
Nápoles, entre la bahía y el Vesubio.....	91
Madrid, lugar de puertas y plazas.....	97
Toledo, arcón de culturas.....	111
San Lorenzo del Escorial, panteón de reyes.....	123
México, el águila y la virgen.....	133



## *Advertencia*

Este libro es la relación de un viaje que hicimos mi esposa y yo por Italia y España en abril de 2004.

Lo he escrito sin ninguna presunción. Sólo tiene el propósito de compartir, o en el último de los casos, de registrar mediante el texto, eso que siempre quise hacer y que por muchos años me volara el sueño: ir a Europa.

Debieron transcurrir 46 años de mi vida para poder cumplir ese viaje tantas veces suspirado y sería una lástima dejar en el olvido el asombro y sus detalles.

Es cierto, no fuimos con la libertad que hubiésemos querido o con aquel espíritu de aventura que nos animaba en los años lejanos de la juventud. Debo confesarlo, nos acogimos a la comodidad burguesa del *viaje todo pagado*, lo cual, en honor a la verdad, nos permitió conocer más lugares de innegable seducción en menos días.

Para quienes no han estado por allá todavía, este libro puede ser una referencia sencilla y para quienes Europa ya no es ninguna novedad, tal vez sirva de repaso o acaso llegue a ser hasta un simple pretexto para recordar.

Por supuesto, lejos de intentar hacer una guía de turista, únicamente he querido fijar de manera cronológica y con el orden del itinerario, la admiración por toda esa

maravilla leída en algunos diarios de viajero, en enciclopedias estampadas o bien, que amigos me habían referido con expresión de asombro, acerca del Viejo Continente.

Así, tampoco he querido –y espero haberlo logrado– hacer una descripción soflamera ni una narración petulante. Cada línea pretende ilustrar con modesto alcance, el testimonio apresurado de un hijo de Pabellón de Arteaga, Ags., Méx. que toda su vida ha sido un devoto de la Literatura y de la Historia.

Es tan solo eso... nada más.



\*

Amanece en Aguascalientes. El cielo de este abril expectante tiene un tinte de primera vez. Salimos hacia la capital del país dejando atrás el rumor de fiesta y el alcohólico desvelo de los viandantes que aún disfrutaban de la mítica y nacional Feria de San Marcos. Con el azoro en medio de los ojos y después de los tumbos de un vuelo que dura menos de una hora, ya estamos en el “Benito Juárez” de la ciudad de México, un aeropuerto enorme, convulso, donde el orden prevalece a pesar de la aparente confusión de viajeros, maletas, pantallas electrónicas y pases de abordar.

Después de un desayuno casi instantáneo subimos la escalerilla del “Juan Ramón Jiménez” de Iberia y entramos en el túnel aeronáutico de asientos, pasillos y azafatas. Con el estómago en vilo iniciamos el vuelo trasatlántico hacia Madrid. En el monitor colectivo, frente a nosotros, está trazada la ruta; ahí los dos continentes son dos piezas cartográficas separadas por un azul televisivo. Afuera, mucho después de la ventanilla, entre la vaporosa bruma de las nubes, se percibe en la lejanía cambiante, a veces el trazo casi invisible de las tierras labrantías, alguna ciudad veladamente propagada, la vi-

ñeta bordeada de un lago remoto o el relieve extraño y apacible de una cadena montañosa.

Es domingo y pasa de la una de la tarde. El avión despegó del aeropuerto de la ciudad de México hace poco más de una hora. Paulatinamente hemos ido ganando altura hasta llegar a los diez mil metros que será la constante del traslado.

Nunca la fragilidad de nuestro cuerpo, la pequeñez de cada vida, se hizo más tangible, pero volamos con la física a nuestro favor, en los labios la sonrisa del azar y en las manos un promisorio folletín de itinerario.

El vuelo continúa. Los novecientos kilómetros por hora nos incrustan en el contrasentido incierto, engañoso, del movimiento detenido. Ya puedo levantarme del asiento y caminar hacia la parte trasera del avión donde las aeromozas ofrecen refrescos, café o alguna bebida alcohólica a los viajeros. Regreso con una coca-cola para Silvia, mi esposa; para mí, un whisky con hielo; conforme lo voy tomando, se incrementa mi asombro y a la vez se va diluyendo el miedo instalado en el centro del abdomen, miedo que hasta antes del trago, amenazaba con durar las once horas de la travesía.

La ventanilla, desde afuera, nos regala la división exacta de las tierras y las aguas: el ocre y el verdeazul en la delimitación precisa. Dejamos el continente y volamos ahora sobre el Golfo de México. Avanzamos no sé cuánto tiempo y ya podemos avistar, a la derecha, una gran franja de tierra: es la Cuba de los barbudos, estirada como un lagarto de siglos en el paño azul del océano. A la izquierda, su contraparte proverbial: la península Florida con su Miami en primer plano. La traza simétrica y lejana de sus calles se puede advertir como en una fotografía aérea de cuadrícula exacta y geométrica neblina.

Apenas termino mi primer whisky y ya hemos salido del Golfo para descubrir en una transparencia inusitada algunas islas repartidas: son las Bahamas; parecen sumergirse en el verde agua de la tranquilidad marina. Una de ellas es San Salvador, brizna de tierra con que la Providencia asistió a Colón en su viaje temerario.

Las estelas lejanas del ir y venir de barcos diminutos, son trazos plateados en la calidez de un mar idílico y sereno.

Ya entramos en el cielo abierto del Atlántico. Ahora impera el azul distante, brumoso del océano. El marino turbio prevalece y en el horizonte no es posible distinguir dónde termina el mar o dónde comienza la región celeste. En ocasiones, la quietud sedante de la propulsión es interrumpida por el sobresalto de alguna turbulencia.

Un whisky más para acabar de arrinconar el miedo.

Los minutos se suceden como latidos insomnes de un tiempo detenido. El sol comienza a descender en el confín impreciso de los cielos; trasluce sus rayos, primero oblicuos, luego horizontales, de modo tal que los viajeros cierran las persianas para evitar su ahora incómodo destello. En el interior de la nave ya domina la penumbra. En los monitores inicia la proyección de una película. Yo prefiero seleccionar algo de música en los canales disponibles y cierro los ojos para dormitar un poco. Pero el sueño no llega. La turbación natural por un viaje inusitado ahuyenta cualquier tranquilidad y nos mete en una inquietud permanente y obstinada.

De todas maneras el tiempo sigue su curso y la distancia entre México y Madrid se hace más corta. Subo la persiana de nuestra ventanilla y allá afuera el cielo es ahora una seda grisácea sometida al abrazo total de la

negrura. La luz intermitente, roja y débil en el alerón de acero laminado, es la única palpitación de un mundo anohecido en las alturas, de un espacio adivinado sólo en la inaudible, en la invisible propulsión de las turbinas.

La sombra continúa y continúa. Un poco más tarde, allá abajo, como en el fondo de un mar ennegrecido, se distingue un reguero alargado, una pulsera extendida de minúsculas luces amarillas, la cual parece flotar, ingravida, en una líquida negrura. El capitán anuncia por el altavoz que estamos entrando en la península Ibérica y que aquellas lucecillas corresponden a Lisboa.

El interior del avión se ilumina. Para Silvia y para mí, son casi las once de la noche. Para las azafatas y los madrileños son cerca de las cinco de la mañana. Sirven entonces un desayuno que nosotros recibimos como cena.

En media hora más estamos llegando a Madrid. El avión desciende hacia una dorada profusión de luces. Continúa bajando y ya empiezan a hacerse notorias las calles nocturnales y su silente tráfico de madrugada.

Después de un aterrizaje perfecto ponemos por primera vez nuestros pies en el siempre soñado Viejo Continente. Luego de recoger nuestro equipaje pasamos a los puestos para revisión de documentos y maletas. Hay una fila de españoles y otra de extranjeros. En esta última el escrutinio es cuidadoso. Hay motivos: hace sólo un mes y medio España entera se cimbró con los atentados del M-11 en la Estación de Atocha.

En medio del vaivén de un tumulto de personas, buscamos la sala donde tomaremos el avión que nos habrá de llevar hasta Milán. La información es precisa y las señales muy claras. Son las 6:30 de la mañana cuando llegamos a una sala desierta. Sólo vemos a una muchacha de color, vestida de mezclilla, tal vez africana, quien

también espera. Es una jovencita, esbelta, de pelo largo y lacio, de rasgos delicados que nos recuerda a América Celeste, nuestra hija. Bromeamos un poco acerca de eso en tanto nos tendemos en el suelo espacioso, utilizando como almohada las maletas. La espalda reacomoda sus huesos y con una sensación de relajamiento lo agradece.

A lo lejos, al otro lado de las anchas vidrieras, se ven aviones que llegan o salen y todavía más allá, podemos distinguir el sol rojo de un Madrid recién amanecido.



**Milán,**  
**el castillo y el *duomo***





Con el horario de cabeza abordamos el avión. Si para nosotros son las dos de la mañana, para los españoles ya son las nueve.

En tres horas más estamos en Milán. Con los ojos arenosos y la espalda suplicante, esperamos en la banda el equipaje. Aunque se demora un buen rato, finalmente lo tenemos. Mientras enfilamos hacia la *uscita*, que para entonces ya reconocimos como la *salida*, un policía nos acerca a un acucioso pero bien sujeto pastor alemán. Olfatea nuestras maletas. Quizá busca drogas o explosivos, pero obviamente no encuentra nada. La única *droga* posible, que el perro jamás podrá oler, es la que me eché auestas para emprender este viaje, la cual comenzará a preocuparme hasta mi regreso a Aguascalientes.

A la salida del aeropuerto junto con un representante de *Cóndor vacaciones*, nos espera también el cielo lluvioso y un viento glacial que muerde las mejillas.

Subimos a una camioneta blanca, cerrada y comenzamos a abrirnos paso bajo la lluvia. La gran avenida milanesa es un sueño extendido en la bruma líquida que todo lo circunda.

Llegamos a un *Holiday Inn*, nos instalamos en una habitación cálida y de inmediato tomamos un baño para después descansar un poco. Luego de una siesta y media, el cuerpo ya recompuesto nos lanza hacia la tarde nublada y fría en las calles de Milán. Con el ansia conte-

nida caminamos sin saber a dónde podremos llegar. Un restaurante nos recuerda el hambre, un hambre congelada por el horario confundido y este frío invernal en pleno mes de abril.

Entramos. Silvia, en su incipiente italiano, se hace entender. La mesera entonces nos sirve pasta con cangrejo, una porción de *pizza* y vino blanco.

Ya con el alma de regreso llegamos a una parada de tranvía y después de preguntar, nos encontramos por fortuna con un muchacho que habla español. Aunque nos confunde con turistas uruguayos, en tono amable nos explica a cuál debemos subirnos para llegar al centro de la ciudad.

En medio de un diluvio glacial bajamos del tranvía y, ya guarecidos, admiramos una plaza preciosa donde se impone la soberbia de la catedral excelsa velada por la lluvia. A su derecha la *Galería Vittorio Emmanuelle* y en el centro de la *piazza*, la escultura ecuestre de este mismo personaje en un bronce verdoso y empapado en el chubasco.

Después los sabríamos: Vittorio Emmanuelle es un personaje histórico, un héroe nacional que logró la unificación del país en las postrimerías del siglo XIX y cuyos monumentos y esculturas se pueden encontrar por toda Italia.

Antes de meternos en el ir y venir de los paraguas que atraviesan la plaza para llegar hasta las puertas del *Duomo*, quedamos pasmados por la impresionante composición arquitectónica, por la imponente edificación gótica de mármol blanco y sus numerosas torres y pináculos, los cuales, como agujas, parecen desgarrar la gasa grisácea de las nubes.

El estupor es la constante. La sola fachada es una

hazaña, una proeza que muestra sin limitaciones la inventiva humana.

Atravesamos la *piazza* y al entrar en la catedral nos sentimos suspendidos en el misticismo de una penumbra medieval. En el fondo lóbrego y lejano de las naves se advierten los vitrales engarzados en arcos ojivales, cuyas cúspides suben hasta casi tocar en el techo las elevadas nervaduras. En los inmensos muros, exquisitos rosetones de colores taciturnos, hornacinas, dípticos y esculturas en mármol complementan el estilo.

Las bóvedas de crucería, tan altas como el cielo, se extienden en un velo de sombra y geometría, sostenidas por múltiples columnas alineadas, signo inequívoco de los quinientos años que tardó la mano del hombre en construir el *Duomo* colosal.

Salimos al frío lluvioso de un cielo gris y atardecido. Tomamos el tranvía que suponemos nos llevará de regreso al hotel. Pero no es así. En su carrera nos pasea por calles y más calles y sin saber hacia dónde vamos, sólo vemos más allá de las ventanillas la lluvia persistente, el tráfico incesante y las personas caminando al abrigo de paraguas y elegantes gabardinas.

Cuando aceptamos estar perdidos, decidimos bajar del tranvía. Por supuesto no sabemos dónde andamos. La única certeza es que estamos en Milán, extraviados en su entramado de jardines y avenidas.

En un crucero, junto a una plazuela en cuyos árboles las palomas se guarecen, un agente de tránsito, en medio de la llovizna fría, oscila entre ordenar el tráfico y comprender la confusión de mis preguntas. No entiende el español y me contesta con enunciados ininteligibles.

La única alternativa es tomar un taxi. Llegamos a donde hay uno estacionado. En el italiano más rudi-

mentario le digo al chofer que nos lleve al *Holiday Inn* de la calle Hugo Boss, única referencia que tenemos a la mano. En el trayecto no deja de hablar en su italiano golpeado. Por supuesto nosotros sólo lo escuchamos. A veces manotea mientras pronuncia disgustado las palabras. Parece evidente la inconformidad con su trabajo. Después de veinte minutos llegamos y por doce euros ya estamos respirando con alivio.

Pronto oscurecerá. Entramos al espacio generoso de la habitación y nos disponemos a disolver de una vez el horario confundido hasta quedarnos dormidos en el centro inusual de la noche milanesa.

Al día siguiente, después de desayunar un *buffet* en el cual abundan el queso, la salchicha, el cereal y el yogurt, salimos a un cielo radiante de sol.

Nuestro guía madrileño reúne a su grupo de viajeros y nos llama a abordar el autobús que nos llevará, durante días, a recorrer casi todo el territorio italiano. Es un transporte confortable, con aire acondicionado, televisión, termómetro y reloj, amplias ventanillas y chofer napolitano; en los laterales externos se puede leer en grandes letras “Ardolino”, palabra cuyo significado no conocemos pero sí nos permite ponerle nombre al autobús.

Llegamos al centro de Milán y de nuevo estamos en la *piazza*. El sol dorado de la mañana le da al *Duomo* una vista distinta a la de ayer. Ahora es un fulgor edificado, una estructura deliciosa en medio de la explanada, casi divina bajo la placidez de un cielo transparente.

Cruzamos la plazuela plena de turistas; dos individuos, en un español poco entendible dicen ser hindúes y nos ofrecen un puño de maíz para darle a las palomas. Nos hacen señas para que extendamos los granos en la

palma de la mano y las aves acuden de inmediato. Con mi *Pentax* nos toman algunas fotos. Nosotros reímos y celebramos ver a las aves picoteando el maíz en ambas manos. Me devuelven la cámara con toda amabilidad, pero el gusto acaba cuando nos piden cinco euros por el “servicio”. Me parece un precio alto y con mis dedos les digo que sólo tengo dos. Es evidente su disgusto y comienzan a alterarse. Silvia me sugiere darles el dinero y alejarnos de inmediato. Sin pensarlo mucho acepto su sugerencia y le comento que en lo sucesivo debemos ser más cuidadosos en una ciudad, en un país donde desconocemos las usanzas.

Entramos en la *Galleria Vittorio Emmanuelle* y recorremos su extenso pasillo central. Bajo la bóveda translúcida abundan los cafés de lujo, los restaurantes exclusivos y las tiendas representativas de la elegancia milanesa.

Salimos al otro lado de la *Galleria* y nos encontramos con la espléndida fachada del *Teatro della Scala*, oratorio mundial de la ópera; enfrente de él, un estético y sobrio monumento cuya figura central es la preciosa estatua en mármol blanco de un Leonardo de Vinci vigoroso, erguido y flanqueado por cuatro de sus discípulos.

Según la historia, el genio vino a Milán a pintar el *Cenáculo*, mejor conocido como *La última cena*, obra mural ubicado en el refectorio del exconvento anexo al templo de *Santa Maria delle Grazie*, el cual para nuestra mala fortuna no pudimos visitar, pues según nos dijo el guía, los boletos deben reservarse con semanas de anticipación.

Seguimos caminando hasta llegar a una amplia calle peatonal en cuyo fondo se aprecia el soberbio castillo de los *Sforza*. Nos dirigimos hacia allá y bajo el sol

de una mañana fría, recorreremos el andador admirando el fragor arquitectónico que alberga bancos, casas de negocios, tiendas de modas y almacenes de gran prestigio.

Milán, según el guía, no sólo es el centro geográfico de la región lombarda, es además una ciudad ordenada, conocida como la capital italiana de la industria, de la moda, del negocio, las finanzas y las grandes transacciones comerciales.

Sin embargo, ni por ello sus muros de cantera escapan a la agresión del *grafiti*. Y es que no es raro encontrar en las paredes, como allá en México, las típicas inscripciones ilegibles en aerosol negro.

Atravesamos una avenida por donde circulan, con orden evidente, tranvías de color naranja, autos de modelos muy recientes y motocicletas.

Pareciera que aquí en Milán no existen ni la pobreza ni la delincuencia, pero sí las hay, como en cualquier ciudad del mundo. No por nada una de las primeras recomendaciones de nuestro guía ha sido: “Señores, mucho cuidado con las carteras; señoras, mucho cuidado con los bolsos”.

Ya estamos en el castillo, una construcción renacentista iniciada en el siglo XIV por los *Visconti* y terminada en el siglo XV por la familia *Sforza*. El frente lo domina la hermosa torre de *Filarete* a cuyos lados se extienden las imponentes murallas, bordadas de almenas y rematadas en las esquinas por los robustos torreones de leyenda. En el foso que circunda al castillo, antes trinchera de agua y ahora dominio de pasto y flores, juega un gato entre las piedras.

Una mujer joven, acompañada de un muchacho y con un niño en brazos, se acerca a nosotros, extiende su mano delgada y nos pide, con cara de amargura y voz

de lloriqueo, una moneda “*per il bambino*”. Yo encojo los hombros y levanto las manos en actitud de “no traigo”, en tanto una señora nos aconseja cuidar los bolsillos pues, según dice, más que pordiosera, la muchacha es carterista.

Nos alejamos de ella y ya estamos entrando por la puerta principal ubicada bajo la torre de *Filarete*. Luego de atravesar un vestíbulo con sabor a Edad Media, nos encontramos con patios amplísimos, rodeados de altos muros de ladrillo y enjarre deslavado, que albergaron, en otros tiempos, la vida cotidiana de hombres y mujeres en el ir y venir de los días renacentistas; enormes patios, ahora recorridos por turistas y grupos de escolares.

En sus enormes estancias, aderezadas con ventanas y puertas ojivales, se activa la vida cultural de la ciudad. Algunas de ellas son galerías de arte y otras más, convertidas en museos, atesoran piezas de distintos materiales y manufacturas que ilustran a su modo, diferentes momentos de la historia del castillo.

Quisiéramos alargar el tiempo para poder admirar en actitud contemplativa las atalayas de leyenda, la simetría del almenaje o la soberbia de las fortificaciones, pero es necesario regresar al *Ardolino*.

Desandamos las calles por las que vinimos hasta el castillo y después de media hora llegamos a la parte posterior del *Duomo*, donde ya se reúnen algunos integrantes del grupo. Mientras llegan los demás, aprovechamos para seguir admirando con unos ojos que no llenan, los muros exteriores de la catedral gótica, los exquisitos vitrales y las agujas labradas de presencia inagotable.

Es hora de comer y entramos en un restaurante, donde nos sirven pasta con champiñones, guisado de res y vino tinto.





**Verona,  
la casa de Julieta**



Son las tres de la tarde en la *piazza* milanesa. Subimos al *Ardolino* y enfilamos hacia Verona. La autopista es además de amplia, tranquila e impecable. Dejamos la región lombarda para entrar ahora en la del Véneto.

En esta novedad insólita la mirada no se cansa de escrutar cada estampa del paisaje. En las campiñas de verde interminable, se esparcen, lejanas unas de otras, las encantadoras casas de los campesinos.

El orden geométrico de los cultivos, la disciplina en el trabajo y la abundancia en los recursos son el signo claro de una agricultura de primer mundo.

Conforme avanza la tarde, el sol, a nuestra izquierda, bruñe los campos y a la derecha, hace renacer a cada instante el verde rojizo de las viñas.

Pronto llegamos a Verona, ciudad en la que Romeo y Julieta vivieron su trágico romance. Verona es la segunda ciudad de importancia en la región del Véneto. La primera es Venecia.

El *Ardolino* nos deja en la *Piazza Bra*, y lo primero que vemos es una estatua ecuestre de Vittorio Emanuele.

Al oriente se puede admirar el edificio de la presidencia municipal, una construcción de manufactura reciente y cuya fachada de corte clásico nos recuerda el Partenón.

Hacia el norte se yergue la *Arena*, obra arquitectónica construida en el siglo I de nuestra era, parecida al Coliseo y que en la actualidad es escenario de conciertos operísticos. Sus arcos de piedra gastada y los muros, aún erguidos, conservan esa impecable simetría que nos deja el resabio de una cultura omnipresente en el aro dentado de la Historia.

Caminando pasamos a un lado de la Arena y tomamos la vía Mazzini, un andador peatonal angosto, nutrido de gente que va y viene, para llegar enseguida a la *Piazza delle Erbe*. Ahí encontramos el barullo de un mercado de artesanías y en el centro, una columna rematada por la escultura del león alado, símbolo de San Marcos el evangelista, muestra clara, según el guía, de cuando Verona pertenecía al reino de Venecia.

Avanzamos por la misma vía para doblar más adelante en una calleja atestada de personas que entran y salen de una pequeña finca, trasponiendo un arco ojival de sabor envejecido. En ella puede leerse un letrero sencillo: *Casa de Giuliette*. Aquí, según la tradición, vivió la familia Montesco a la que perteneció aquella Julieta quien, junto con Romeo, protagonizó la más intensa historia de amor del mundo conocido, inmortalizada por Shakespeare en su tragedia apasionante.

Entramos. Después del zaguán se abre un patio no muy amplio en cuyo fondo se encuentra una estatua de Julieta en bronce dorado. La aleación de la escultura ha perdido su brillo original por el paso del tiempo, salvo el seno derecho de la joven, el cual conserva su metálica refulgencia. Esto podría parecer extraño, pues la estatua toda ha sufrido en la intemperie el estrago de los años. Sin embargo la explicación es fácil: la tradición dice que el visitante debe tocar el seno derecho de Julieta, precisa-

mente con la mano derecha, mientras pide algún deseo. Y así lo hacen decenas de turistas al día, pero no falta aquél que se tarda, tocando y tocando el seno, fingiendo indecisión o pasmo, cuando en realidad está sintiéndose Romeo.

El ladrillo desnudo de los muros muestra huellas de la extraña y sin embargo tierna agresión de las parejas visitantes. Miles de enamorados han colocado, desde la parte inferior de las paredes hasta donde alcanza el brazo extendido hacia arriba, pegados con chicle, miles de papeletos donde han dibujado corazones y nombres entrelazados. Quieren dejar testimonio de su visita y, como en un conjuro, pretenden eternizar un pacto de amor, amparados en el aura pasional de un recinto que acogió al más puro romance jamás vivido. Silvia y yo nos tomamos de la mano y aunque no pegamos ninguna papeleta, aspiramos juntos la atmósfera del trágico amor que a todos estremece.

Salimos a la calle y nos enfilamos a la *Piazza dei Signori*. Es ésta una explanada rodeada de construcciones románicas con muros almenados. En el centro se levanta una estatua en mármol blanco de Dante Alighieri. El genio mira al frente con ojos de dureza y lleva el conocido atuendo visto también en los grabados con que Doré ilustra la Divina Comedia.

Por recomendación del guía bajamos hasta una callejuela donde se eleva un monumento como torre de catedral gótica. Es la tumba de un personaje de apellido *Cansignorio*. Mientras Silvia se demora en los detalles esculpidos en cada segmento del mausoleo, yo me distraigo viendo cómo una patrulla de los *carabinieri* se detiene con las torretas parpadeantes, para amonestar a un conductor, quien trata de explicar alguna falta de tránsito

que ha cometido.

Cuando salgo de mi distracción, Silvia se ha adelantado de regreso hacia la plaza. Yo me vuelvo también pero me demoro unos momentos en una capilla singular, un pequeño templo que más parece una ermita; su altar es de lo más sobrio, el fondo enlucido con sencillez, donde destaca un modesto crucifijo; al lado un confesionario del medioevo y abajo, un piso de tablones vetustos, deslucidos, los cuales crujen al menor contacto en aquel silencio religioso.

Alcanzo a Silvia y ya oscurece. Es hora de regresar a la *Piazza Bra*, punto de partida donde el grupo ahora se reúne.

Caminando, el guía nos lleva al restaurante donde cenaremos. Llegamos a un establecimiento acogedor, iluminado tenuemente y en el que el tiempo ha hecho una pausa centenaria: allá las cavas atesorando el vino, acá los candiles de luz débil sobre los arcos de piedra y aquí las mesas y las sillas de madera envejecida; sobre los manteles, los platos dispuestos y el brillo insinuado de copas alargadas.

El dueño del restaurante, regordete y amistoso, con aire de fiesta y un español apenas entendible, anuncia que el guía, por ser su cumpleaños, nos invita, antes de cenar, a que celebremos brindando con champaña. Viene el aplauso, luego el brindis, después una chuleta de cerdo, puré de papas, vino tinto y más tarde la charla entusiasmada.

Quisiéramos seguir en aquel apacible regocijo pero debemos regresar a donde nos espera el *Ardolino*.

Salimos a la noche y su caricia veronesa. Caminamos por algunas callejas semialumbradas con la vaga luz de los faroles. Llegamos a la calle principal y de la

penumbra surge, como un espejismo, la *Arena* iluminada; es un fantasma romano de arcos espectrales, un joyel de piedra y ámbar surgido de la sombra, una pulsera nítida en el brazo interminable de la noche.

Todavía atónitos, ocupamos nuestros asientos en el *Ardolino* y después de hora y media de viaje, a las 11:30 de la noche, llegamos al *lido de Jesolo*, una playa distante sólo algunos kilómetros de la ansiada Venecia. En el aire nocturno ondea un aroma de brisa marina y una presencia extraña de romances medievales.

El reloj biológico ha terminado de reorganizarse. En una cómoda habitación del hotel *Alexander* vaciamos el cansancio amontonado en hombros y columna, hasta hundirnos en el sueño apacible de una promesa de góndola y balada.





**Venecia,  
ensueño flotante**



**H**a amanecido. Silvia y yo salimos al balcón para asomarnos a la blancura matinal del Véneto italiano, aspiramos el sol apenas insinuado y un vientecillo tibio con aroma de caricia.

Bajamos al restaurante y después de un desayuno ultrarrápido salimos a Venecia. Mientras el *Ardolino* avanza vemos por las ventanillas otra vez la agricultura organizada, las tierras de cultivo extendidas acá y allá, en una humedad fecunda y ordenada.

Llegamos al muelle y abordamos con ansia la fragata atestada de turistas, los cuales toman fotos a la lejanía y expresan, como nosotros, el asombro por la ciudad que a la distancia muestra ya sus cúpulas de maravilla. El sol de la mañana chispea en el oleaje manso del mar Adriático. La barcaza avanza por la vereda líquida, oscila en la dirección marcada por las boyas, señales marinas esparcidas con orden en las ondas acuosas.

Llegamos a Venecia y el viento borda de agua las palabras. Descendemos del *Romina*, bajel que nos ha llevado desde el embarcadero hasta el centro mismo del encanto veneciano. Comenzamos a andar por el malecón, refrescados por una brisa alegre y bizantina; después de algunos pasos, se abre ante nosotros el esplendor único de la *Piazza San Marcos*, otro sol, igual a aquél, elevado ya sobre el cielo matinal de un Véneto increíble.

La Plaza San Marcos es el centro del mundo, el

cenit exacto de un espacio donde la fascinación es la constante. Babel se repite, la confusión de lenguas revive en cada mortal que la visita. Viajeros de todo el mundo se encuentran sin quererlo en esta Plaza y expresan en todos los idiomas su embeleso.

Aquí el Palacio Ducal con sus arcos ojivales de blancura fotográfica; allá la soberbia Basílica de San Marcos y su tesoro alucinante; acá el Campanario elevando su estatura, proyectándose como flecha hacia el eje mismo de los cielos. Más allá la Torre del Reloj ostentando al león multiplicado, ese león alado con el libro abierto y el *Pax tibi, Marce, evangelista meus*, esparcido como divisa inconfundible por toda la ciudad, generosamente plasmado en fachadas, chapiteles, puentes y columnas, símbolo y jerarquía de un apóstol que ungió a Venecia con sus restos.

Seguimos andando hacia la entraña de la ciudad flotante. Laberintos de canales, de callejones y puentes vetustos nos envuelven. Llegamos a una dársena, pequeño embarcadero donde góndolas y gondoleros esperan el requerimiento del turista. Le doy la mano a Silvia para que suba a la típica barcaza veneciana, una especie de canoa alargada, pintada con esmalte negro y vivos dorados y además, provista de asientos forrados de terciopelo rojo.

El gondolero comienza a mover el remo con parsimonia.

Avanzamos en una lentitud sedante, recorriendo los estrechos canales flanqueados por casas de aires medievales y palacetes vetustos, carcomidos en su base por un agua milenaria, verdosa e inodora que va y viene en el calma remar del gondolero.

Durante el recorrido, escuchamos, cercano, un

acordeón y la voz clara del tenor que canta en italiano *Bé-same mucho* y *Solamente una vez*, regalos para el mundo de parte de Consuelo Velázquez y Agustín Lara, juglares nuestros, poetas populares. Llegamos al Gran Canal y el puente *Rialto* se extiende ante nosotros. La gran avenida veneciana nos muestra su enlosado de agua y el tráfico incesante de barcas con turistas, de bateles mercantes y *vaporettos* particulares. Es una calzada líquida, abierta a nuestros ojos como una inundación de ensueño.

Dejamos la góndola y luego nos vemos andando otra vez en la Plaza San Marcos. Una cortina de palomas se pliega para dejar mirar el frontispicio de la Basílica, se descubren entonces sus columnas de mármoles veteados, blancos, rojizos, aceitunados. Arriba, los mosaicos bizantinos ilustran la recuperación de los restos del evangelista y por supuesto la majestad de Jesucristo.

Más arriba, traídos desde Alejandría, los cuatro célebres caballos de bronce dorado, verdosos ya por su exposición a la intemperie, están ahí inmóviles, detenidos en su noble animalidad, con sus ojos de tristeza irracional, custodiando la entrada. Todavía más arriba otra vez el león alado y sobre él, una estatua de San Marcos en mármol blanco. En lo alto, coronando la Basílica, se elevan las cinco cúpulas moriscas que rematan la arquitectura con soberbia.

Después de hacer una fila enorme, bajo el sol casi vertical, trasponemos la puerta del frente y nos metemos en la penumbra dorada del santuario. Momentos más tarde y acostumbrados los ojos a aquella lobreguez conventual, se aviva el brillo de los mosaicos bizantinos y románicos fondeados de un oro laminado con finura.

Aquí y allá, en una inmensa galería incrustada en las bóvedas, en los ábsides, en las pechinas, se ilustran,

piedrecilla a piedrecilla, los pasajes del Viejo Testamento, Noé y su arca legendaria, Adán y Eva en el paraíso terrenal, las Bodas de Caná, o bien, el triunfo de la Trinidad, la Anunciación, Jesús el Cristo bendiciendo, el Juicio final, el Martirio de los Apóstoles, los Doctores de la Iglesia, la Vida de la Virgen María y más, mucho más, todo ello trabajado con la mayor delicadeza por los orfebres venecianos. Y luego en los altares, bajorrelieves, candelabros, estatuillas, relicarios, balaustradas, columnas de mármol rojo, retablos... una riqueza artística incontable, el prodigio concentrado en una Basílica, la belleza y su extraña densidad congregada en un templo ecléctico sin paralelo.

Salimos con el asombro todavía metido entre los ojos. Más gente espera su turno para entrar y asomarse a aquella maravilla. Las palomas siguen poblando la tarde con su vuelo. Algunas se disputan sobre las baldosas de la Plaza el maíz entero que les lanzan los turistas. La explanada se tiende en una geometría impecable. A la izquierda y a la derecha, en una perspectiva exacta, las arcadas de las *procuradurías*, la vieja y la nueva y enfrente el Ala Napoleónica.

Caminamos hacia la derecha de la Basílica y atravesamos la Plazuela de los Leones para meternos otra vez en la sinuosidad de callejones y canales. Debemos buscar un café internet para poner un correo electrónico a los hijos. Después de pagar cuatro euros por media hora, nos metemos en una pequeña tienda y enviamos la misiva.

Es hora de comprar algo para tomar. Por quince euros tengo ya en mis manos una botella de *jota be*, un whisky regular que alegrará todavía más mis pasos en Venecia.

De nuevo estamos en el bullicio de la Plaza. Se-

guimos caminando mientras escuchamos los finos y alegres acordes de una polka ejecutada por una reducida orquesta. El *cello*, el acordeón, la flauta y el violín amenizan el paseo vespertino que obliga la fotografía para el recuerdo. Pronto el sol comienza su descenso y es hora de regresar al hotel. Caminamos hacia el muelle y hacemos un alto frente al Puente de los Suspiros, pasadizo trágico que recorrían los condenados camino hacia el cadalso... es extraño, un espacio donde por muchos años deambuló la muerte y en el cual, incontables veces se exhaló el desaliento más dramático, es ahora una curiosidad turística que sirve de fondo a las sonrisas fijadas por las cámaras.

Abordamos el *Romina*. El bajel avanza bogando otra vez en las aguas del Adriático. Atrás se quedan, en líquida quietud atardecida, el Campanario y la Basílica de San Marcos, más allá el templo de Nuestra Señora de la Salud y en pausas de sol enrojecido nos alejamos, ya nostálgicos, del insólito encanto veneciano.





**Florenxia,  
la ebriedad renacentista**



Son las 5:30 de la mañana y el cielo es abarcado todavía por la transparencia oscura de la noche. Ya estamos afuera del hotel abordando al *Ardolino* y ahora vamos a Florencia. Abandonamos el Véneto para meternos en la región *Emilia Romagna*.

Amanece y el asombro italiano se mete por las ventanillas. El sol, apenas insinuado, va encendiendo de un rosa pálido algunas nubes hilvanadas en la lejanía; al paso de los minutos, sus rayos, cada vez más refulgentes, acentúan el verde sin final de las campiñas.

Bordeamos Bologna y luego, en una sinuosidad hipnótica, atravesamos los Apeninos, cadena montañosa que, como una inmensa columna vertebral, recorre de norte a sur la longitud de la península. Las cumbres nevadas, abruptas del lado del Adriático, son como un tejado tendido desde el cielo, pero al occidente resbalan su azul verdoso, poco a poco, hasta verterse en montes y colinas apacibles.

La autopista es una vía rápida, cómoda y segura. No tardamos en entrar al tranquilo verdor de la *Toscana*. Los letreros insisten en que Firenze está cerca. Y es cierto. Por fin llegamos.

Ingresamos en la ciudad con la impresión de habernos metido en el óleo de un paisaje renacentista. Los altos muros son pinceladas vivas de historia y testimonio. En un estacionamiento céntrico bajamos del *Ardolino* y

entramos en la leyenda incesante de las calles, en la gloria equilibrada de un Renacimiento siempre celebrado.

No hemos avanzado unos pasos cuando ya nos encontramos el orgullo florentino colgando de los postes: un cartel multiplicado como propaganda política, reproduce el rostro dulce y sereno de la Venus nacida del pincel de Botticelli. Con su pelo ondeante y sinuoso como fondo, se anuncia una serie de conferencias que dictará algún especialista obnubilado por el fuego humanista de un movimiento sin tiempo ni medida.

Las compuertas de par en par y el turismo cultural desbordado en asombro por las callejas de renacentismo añejo.

*Dinero llama a dinero*, han dicho los avaros en el flujo monetario de los tiempos; *cultura llama a cultura*, podrían cincelar los estrafalarios en la roca perdurable de la Historia.

Caminamos por la *Via Ricasoli* hasta desembocar en el *duomo* de Santa María del Fiore y otra vez el embeleso. Las miradas en el frontispicio van descubriendo, de arriba a abajo, en los mármoles blancos y verdeoscuros, la simetría, la proporción exacta, la cadencia intencional del gótico misterioso y florentino. El templo todo es un imponente trazo material en plena consonancia, es la proporción del mármol, la armonía calculada; los rosetones, las estatuas, los encajes, los arcos, las columnas... Y la cúpula de Brunelleschi, un domo de leyenda y de postal, de doble estructura, recubierto de un ladrillo rojizo amarrado por ocho nervaduras de mármol blanco...

Al lado de la fachada, el Campanario de Giotto —una torre de ochenta y cinco metros, admirable, prolija y exacta— levanta su esbeltez articulada como alegoría de la aspiración universal del hombre, pero al final detenida

en sus propios límites, al igual que el afán, muy humano, de perfección inalcanzable.

Adentro del *duomo*, las amplias naves y las columnas formidables integran una estructura portentosa que, según nos dice el guía, la hacen el tercer templo más grande del mundo, después de la Basílica de San Pedro en Roma y de la de San Pablo en Londres.

Otra vez la sublimación del gótico en los vitrales, en los arcos ojivales y en las impresionantes nervaduras. El interior de la gran cúpula está decorado con el *Juicio final* de Vassari, donde Jesús el Cristo se manifiesta en su más elevada potestad.

A pesar de todo, y si se permite una comparación, Santa María del Fiore no expresa todo el misticismo, el recogimiento religioso, el éxtasis espiritual del cual se nutre en su lánguida penumbra, el *Duomo* de Milán.

En una pared lateral se aprecia una pintura mural de Domingo Michelino, y me parece familiar pues la he visto en uno de los libros de texto de primaria que muchas veces he trabajado como profesor. En ella se ve un Dante apacible mostrando a la ciudad de Florencia su Divina Comedia, y al mismo tiempo señala con la diestra la puerta del infierno.

Afuera, al frente del *duomo* y del Campanario, para completar el conjunto, se levanta el Baptisterio, gloria de la arquitectura románica, de estructura octagonal, revestido con mármoles blancos y verdeoscuros y en cuyo interior fue bautizado el Dante inmortal. Son célebres sus puertas en las cuales, con relieves de oro, se representan pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Dejamos el conjunto y caminamos por los estrechos callejones buscando la Casa de Dante, misma que –oh azares de la circunstancia– no podemos visitar por-

que está en restauración. Seguimos andando y mis ojos no dejan de escrutar los muros, los contrafuertes, los torreones de piedra varias veces centenaria en las angostas callejas. Aquí no es difícil imaginar a un Dante retraído y extasiado persiguiendo en secreto la belleza celestial de Beatriz de Portinari.

No tardamos en llegar a la Plaza de la Señoría, un amplio espacio donde el sol del mediodía, con su destello vertical e inagotable, nos bruñe de una historia renacentista, ardiente y exquisita, sugestiva y admirable. En el centro de la plaza se aprecia un círculo, el cual muestra el lugar exacto donde fue quemado Savonarola, el monje dominico que predicó en contra de los Médicis.

Allá, una estatua ecuestre de Cosme I y la Fuente del carro de Neptuno y más allá una copia exacta del David de Miguel Ángel. Al oriente, se levanta, soberbio, el Palacio Viejo, construcción almenada del siglo XIV en cuyo frente se eleva la gran torre, magnífica atalaya que yergue su arrogante esbeltez hacia el cielo florentino. Al sur, el Pórtico de la Señoría resguardando con su arcada esculturas universalmente conocidas: *El rapto de las Sabinas* de Giambologna, trabajada en mármol, muestra tres figuras desnudas en igual número de planos, elevándose en una desesperada contorsión; además, el *Perseo* de Cellini, bronce dorado en el que aquél, erguido el cuerpo, levanta en señal de triunfo la cabeza sangrante de Medusa.

Dejamos la Plaza de la Señoría y antes de llegar al río Arno cruzamos por la Galería de los Oficios, un pasaje al aire libre, flanqueado por numerosa estatuas en mármol blanco de personajes importantes del renacimiento: Galileo, Bocaccio, Maquiavelo, Petrarca, Leonardo... La *Galleria degli Uffizi*, como la llaman los florentinos,

resguarda una pinacoteca increíble, riquísima, desmedida; ahí se encuentran cuadros de Tintoretto, Boticelli, Tiziano, Rubens, Verocchio, Mantenga, Giotto, Fra Angélico, Piero de la Francesca y además de Rafael, Miguel Ángel y Leonardo, por si aquellos fueran poco.

Al final de la Galería se respira el aire húmedo del Arno, un río que nace en los Montes Apeninos y se prolonga hasta atravesar las ciudades de Florencia y Pisa, para desembocar en el mar de Liguria, en el Mediterráneo. Su caudal moderado, terroso, de un color ocre definido, avanza con somnolienta parsimonia.

En primer plano, varios hombres de color, sentados a lo largo del malecón, charlan con animosidad mientras ven pasar a los numerosos visitantes. Más para allá, unos doscientos metros hacia el poniente, se ve el Puente Viejo, con sus tres arcos vetustos, tres enormes zancadas de piedra que cruzan el Arno de un lado al otro de la Florencia dividida. Caminamos hacia él mientras el guía lo menciona como el único que sobrevivió a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

Sobre el *Ponte Vecchio* están instalados, desde el siglo XVI, varios locales donde se trabajan y expenden piezas muy variadas de orfebrería. El ancho del paso peatonal está atestado de turistas, quienes acuden a comprar aunque sea una pequeña muestra de la manufactura impecable y delicada del oro florentino.

En el centro del puente se aprecia un busto en bronce dorado de Benvenuto Cellini, el escultor nacido en Florencia y autor del *Perseo*. A un lado, en lo alto de una pequeña construcción renacentista, sobre el mismo puente, un reloj de sol como cuadrante interior de una esfera que, desde la base, eleva en dirección del cielo su aguja contadora. En este momento, la delgada sombra

marca sobre la concavidad las dos en punto de la tarde.

Apoyo mis manos en el barandal y mirando hacia el oriente, veo la ciudad apostada a lo largo de las márgenes del gran río. Aquí, junto a mis hombros, la cantera del puente acusa la obstinación del viajero por dejar huella de su paso. Incontables letreros surcados en la piedra dan testimonio de nombres, frases, corazones, fechas y otros recuerdos que como cicatrices manuscritas, cargan en las losas el paso de tantos miles de turistas.

Al final de la explicación, el guía nos recuerda el hambre y hace la invitación al grupo para seguirlo al restaurante donde habremos de comer. Hubiésemos querido pasar hasta el otro lado del puente y atravesar el Corredor de Vasari para llegar al *Palazzo Pitti*, antigua residencia de los Médicis, pero el tiempo no alcanza en una ciudad en la que, aunque se quiera ver todo, nunca será posible y mucho menos cuando se dispone tan sólo de diez horas miserables.

Llegamos al restaurante. El lugar es agradable. Nos sentimos bien en su atmósfera de rústico renacimiento. En los muros, grandes espejos y cavas alternadas. Los techos, pequeñas bóvedas vetustas, evidencian el paso de los años en sus cuñas carcomidas.

Comemos espagueti y chuletas de cerdo aderezadas con una salsa roja de sabor dulce. Vino tinto por supuesto para complementar el plato.

Salimos a la calle ya con el sol vespertino de las cuatro. El guía nos conduce hacia la Capilla de los Médicis. Ésta se encuentra en la parte posterior del templo de San Lorenzo, de frontispicio inacabado. Esperamos un poco pues debemos entrar con un segundo grupo.

El sol dora las paredes de cantera avejentada. En una de ellas, al lado de la puerta de acceso, está empo-



trada una placa en la que se lee: *Cappella Medicee*. Es hora de entrar y llegamos directamente a la Capilla de los Príncipes, donde el preciosismo corresponde a un panteón familiar de la más elevada alcornia. Su construcción octagonal con muros y columnas revestidas de mármoles de color diverso, alberga los restos de varios de los Médicis.

La cúpula se yergue soberbia y regia, decorada con los frescos de la *Creación* y del *Juicio Final*, pintados por Pedro Benvenuti.

En la parte baja de los muros, destacan los blasones de dieciséis ciudades toscanas, trabajados en el mosaico más exquisito y jamás imaginado. Las figuras de cada escudo están formadas por cortes exactos de piedras semipreciosas, las cuales se incrustan, una a una, en correspondencia consumada. Son como rompecabezas de finura excelsa, gloria de la técnica y muestra inequívoca de un gran refinamiento.

Sin poder disfrutar del todo la elegancia escrupulosa, pasamos a la Sacristía Nueva, monumento funerario donde yacen más Médicis.

En el interior del mausoleo se respira el misterio del trance final y el sueño sin retorno. Una simetría obstinada de mármoles negros y blancos, de estatuas hurtadas a la piedra por el genio de Miguel Ángel, le da al conjunto la afinidad precisa de la belleza y de la muerte. Arquitectura y escultura se funden para integrar una unidad artística cercana a lo sublime.

A la izquierda, sentado, de tamaño natural, Lorenzo, duque de Urbino, de mármol blanco, ataviado como guerrero romano; el cuerpo un poco echado hacia delante y la mano izquierda llevada a la altura del mentón le dan la pose exacta de la meditación y el ensimismamiento. A

sus pies, recostadas, dos alegorías, también de alcance natural: la *Aurora*, mujer desnuda de mirada doliente y el *Crepúsculo*, representado por un hombre viejo que parece no entender la razón de lo fugaz.

Frente a él, a la derecha de la entrada, también sentado, Julián, duque de Nemorus, en actitud de prudencia. El pelo revuelto, la vestimenta romana, el rostro apacible y el cuello alargado lo hacen parecer una deidad pagana.

Bajo sus pies, recostadas, las alegorías del *Día* y de la *Noche*. La primera, un hombre de torso musculoso y rostro inacabado, como representando los empeños exhaustivos de cada jornada y la incertidumbre de las horas venideras. La segunda, una mujer desnuda cuya postura pesimista es la imagen puntual de la derrota. Junto a ella, el búho como símbolo nocturno y una máscara de tragedia griega, divisa innegable de lo infausto y lo sombrío. Las miradas de ambos, Lorenzo y Julián, convergen en el muro de la entrada, donde se encuentra la Virgen con el Niño sentado sobre las rodillas, vuelto éste en una forzada contorsión hacia el regazo materno.

Salimos de la capilla y encontramos en la calle aledaña al templo de San Lorenzo, un tianguis donde varios comerciantes, principalmente hombres de color, venden bolsos, cinturones, chamarras de cuero e incluso llaveros, postales y otros recuerdos de la ciudad renacentista.

Caminamos hasta la *Galleria della Academia*, famosa porque en su interior se resguarda una de las grandes glorias de la escultura universal: el *David* de Miguel Ángel.

Muchas personas esperan el turno para ingresar. Nos formamos y yo, con el galope interior de emoción

y sangre, espero el momento cumbre, el instante en el cual veré la escultura mítica. Después de quince minutos que parecen eternos entramos, luego doblamos por un pequeño pasillo y llegamos a un corredor amplio, atestado. Aquí se aprecian, a los lados, algunas esculturas del Buonarroti. Al fondo, la primera impresión que me provoca el *David* es la de una brasa blanca de serena refulgencia. Ahí está al frente, a treinta metros de distancia, con su estatura de mármol y su perfección iluminada en el centro de la sala.

Los visitantes no cesan de hablar en los más diversos idiomas y en medio del barullo multilingüe van de un lado a otro admirando las obras ahí expuestas.

Para llegar hasta la estatua de poco más de cuatro metros de altura, recorreremos el pasillo donde se distribuyen las esculturas del mismo autor, conocidas como los *Prisioneros*, obras inconclusas que, según unos críticos, revelan la concepción filosófica de corte aristotélico compartida por Miguel Ángel respecto a “la idea encerrada en el mármol” y, según otros, “la servidumbre que la materia impone al espíritu”. Esto parece evidente pues cada una de ellas denota una lucha por escapar del quietismo de la roca, por salir a una superficie en movimiento y dejar atrás la inacción propia del mineral inanimado.

Son figuras encerradas en el mármol, que poco a poco están emergiendo de la opresión informe de la piedra y por lo mismo, apenas alcanzan a asomar su plástica en un movimiento detenido. Estos cuatro *Prisioneros* llamados también *Esclavos*, manifiestan, en arqueamientos expresivos del cuerpo, una lucha vigorosa por sustraerse a la roca que los retiene y en la cual no dan muestra alguna de rendición. Los relieves tallados por el genio están unidos al mármol bruto, escabroso, en una conjunción

extraña, inverosímil...

Dejamos atrás a los *Prisioneros* en su debate centenario y avanzamos hacia donde el *David* se eleva en esplendor marmóreo. Ahí está, ubicado en el espacio al que llaman *Tribuna* y erguido sobre un pedestal cúbico de dos metros.

Frente al grupo numeroso de paseantes eleva su anatomía perfecta, la belleza inmutable sube desde los pies hacia los muslos; luego el vientre y el pecho en la blancura muscular, las manos y los brazos cincelados en el vigor inalterable, en la indomable fuerza de venas y tendones. Más arriba el cuello, fornido soporte para la perfección de la cabeza. Y ahí, el rostro de rasgos claros, definidos con limpidez, el pelo revuelto, la frente amplia y la mirada atenta, serena, de quien sabe que está a punto de enfrentarse a Goliat, el gigante filisteo. Con la mano izquierda sostiene, a la altura del hombro, la honda con la cual ha de encarar a su enemigo.

Alguien comenta que la escultura es ya un símbolo del espíritu indomable y libertario de los florentinos.

El *David* es un desnudo masculino de vertical clásica y movimiento contenido, obra maestra de cinco toneladas y media, esculpida por un muchacho de veinticinco años.

En medio del gentío, de la peregrinación en derredor que admira cada rasgo, llegan a ser inútiles las indicaciones de la vigilante, quien va de un lado a otro, queriendo contener el impulso espontáneo de los visitantes: *¡no fotos! ¡no fotos!* casi grita con su español apresurado, los brazos abiertos y las manos en alto.

Yo, al igual que otros, no hago mucho caso y en un momento de descuido, escudado en una columna, levanto mi *Pentax* antigüita y tomo tres o cuatro fotos de

ángulos distintos. Hubiera sido lamentable desperdiciar una oportunidad como esa.

Es cierto. No está bien, pero una atenuante de la desobediencia es haberlas tomado sin flash; eso me da la certeza de no haber hecho daño a la obra y por lo mismo, puedo regodearme en la toma clandestina. Además, sé también que hay miles de fotos en los libros sobre arte, en las enciclopedias o sencillamente en las postales ofrecidas en el vestíbulo de la Galería de la Academia... así pues, ¿por qué privarme del placer de hacer yo mismo algunas tomas del célebre *David* si lo tengo enfrente?

Pasamos después a una sala aledaña donde encontramos decenas de bustos y maquetas en yeso, obra de diversos escultores toscanos del siglo XVII. Me llama la atención una estatua de tamaño natural, esculpida para decorar la tumba de algún personaje notable. Es una mujer humilde, sentada. Mira de frente al espectador con ojos atónitos, desconcertada... la boca semiabierta... expresión exacta del pasmo ante la muerte.

La contemplo por un rato. La sala está desierta. Ahora todos han regresado a la *Tribuna* del *David* o al pasillo de los *Prisioneros* y no es necesario ocultarse o esperar a no ser visto para tomarle unas fotos clandestinas.

Es hora de salir. El sol está terminando su jornada cuando retomamos las calles florentinas y nos enfilamos hasta el lugar donde nos espera el *Ardolino*.

Caminamos y en menos de cinco minutos estamos cruzando la Plaza de la *Santa Croce*, una explanada en la que los monjes franciscanos predicaban en la Edad Media, y donde ahora, año con año, se celebra el juego del *calcio*. En ella se alza, además, una estatua del Dante con un águila a sus pies, monumento erigido en 1865. Al

fondo de la plaza está el templo de la *Santa Croce*, edificación gótica en la cual se resguardan algunos frescos de Giotto sobre la vida de San Francisco; ahí, además, están las tumbas de Miguel Ángel, de Galileo, Maquiavelo y otros personajes.

Ya no podemos entrar. El tiempo con sus límites dictatoriales nos lo impide.

Comienzan a encenderse de ámbar los pórticos y las fachadas de las casas; se iluminan los arcos, las columnas, las ventanas altas en las callejas medievales. Pasamos a un lado de la *Biblioteca Nazionale* y llegamos hasta donde el río Arno refleja ya, en sus aguas quietas, el cielo crepuscular y apacible de una Florencia que atardece.

Hacia el poniente el *Ponte alle Grazie*, más allá, el *Ponte Vecchio* y todavía más para allá, el cauce deslumbrante que avanza hasta fundirse en la lejanía, con una tarde muriente, entregada al bermellón de las nubes encendidas.

**Asís,  
emanación de santidad**





Nos levantamos muy temprano para desayunar y tener tiempo de subir el equipaje al *Ardo-lino*. Ahora vamos hacia Asís. Todavía oscuro, dejamos atrás el *Delta Florence* y sus habitaciones confortables.

Después de pasar algunos túneles modernos tomamos la autopista. Acompañados por la música que ha puesto Paolo, seguimos descubriendo el paisaje somnoliento de la *Toscana* recién amanecida. Aún con las pocas horas de descanso, no queremos dormir por no dejar de admirar el cielo lechoso extendiéndose sobre las campiñas, los riachuelos o las casas de campo, repartidas con equilibrio en el verde oscuro de las colinas.

La vista suspendida en cada trozo de horizonte, advierte entonces la salida del sol como un relámpago circular que enciende los cultivos.

Bordeando los Montes Apeninos dejamos atrás la *Toscana* y nos metemos en la región de *Umbria*, cuyas encinas, viñedos y olivares, se despliegan en los campos como una acuarela matutina.

La tierra umbra, ubicada en el centro de la península es un arquetipo de los bosques, los lagos y las llanuras italianas.

Dos horas después de haber salido de Florencia, con la emoción en vilo, llegamos a la *bienamada Asís*, tal como la llama Niko Kazantzakis en su dulce y tormentosa novela sobre la vida de San Francisco. Es cierto. Al

fin tengo ante mi vista el entorno de ese libro místico y mágico que cuando joven leí y releí.

Asís es una pequeña ciudad de veinticinco mil habitantes. Desliza sus angostas callejas en una ladera del monte Subasio. Los pobladores pasean por calles y plazuelas orgullosos del halo de santidad que en un tiempo lejano envolvió los caseríos; en su rutina diaria, recorren satisfechos los estrechos y empinados callejones transitados por el San Francisco legendario, quien acompañado siempre del Hermano León, batía las palmas y preguntaba al Señor en su humildad extática: *¿Qué quieres que haga?*

Toda la ciudad emana el misticismo medieval que embriagó de Dios al *Poverello*, al Pobrecillo, quien sobre sus llagas, sobre sus huesos y su estigma, erigió la orden franciscana.

Entramos por la Puerta de San Pedro y subimos por calles de pórticos vetustos, de arcos y escalones carcomidos, hasta llegar al conjunto arquitectónico edificado en honor del Santo.

Un viento frío llega desde el valle mientras el guía nos explica que la Basílica superior, la Basílica inferior (dos templos superpuestos), la Cripta y el Monasterio, comenzaron a construirse en 1228, apenas dos años después de la muerte de San Francisco y fueron concluidos en 1253.

Están ubicados en el extremo poniente de la ciudad en un lugar llamado en aquel tiempo Collado del Infierno porque ahí se ejecutaba a los homicidas y salteadores; sin embargo, a partir de que tuvo en resguardo los restos del *Poverello*, se le ha llamado Collado del Paraíso.

Avanzamos por una plazoleta con extensas arque-

rías a los lados. Subimos por una empinada y crecida escalinata para llegar al atrio de la Basílica Superior. Antes de entrar volteamos al oriente, punto cardinal hacia donde mira el templo y observamos, con un sol que se eleva sobre el monte Subasio, el perfil apenas definido de un castillo medieval llamado *La Rocca Maggiore*.

Luego, hacia el sur, en el valle tendido hacia el horizonte, podemos admirar, a cinco kilómetros de distancia, una ciudad pequeña en cuyo centro se yergue la basílica de Santa María de los Ángeles, santuario que aloja la célebre Porciúncula, aquella humilde capilla donde se reunían San Francisco y sus discípulos.

Con la vista hacia el poniente tenemos ya enfrente la fachada sencilla de la Basílica Superior. La entrada es un gran arco ojival subdividido en dos arcos menores, también ojivales. Arriba de ella, un gran rosetón con los cuatro símbolos de los evangelistas, complementa el conjunto. Entramos. Es un templo de una sola nave, con mucha luz y adornado con exquisitez. En los muros laterales se encuentran varios frescos que ilustran historias del Viejo y el Nuevo Testamento, hechos por pintores italianos entre los cuales destaca Cimbaue, el maestro de Giotto.

Asimismo podemos admirar veintiocho pasajes de la vida de San Francisco, inspirados en la biografía que sobre el Pobrecillo escribió San Buenaventura. Los frescos fueron pintados precisamente por Giotto y cada uno de ellos pone de manifiesto, con sus colores pálidos y sus formas sencillas, la personalidad espiritual irresistible, humilde, mansa del Santo de Asís y la devoción intensa que inspiraba a sus discípulos. Ahí podemos ver a Francisco en éxtasis, predicando a los pájaros o recibiendo los estigmas en el monte Alverna.

Arriba la bóveda de crucería, típica de la construcción gótica, y al fondo, en el ábside, los alargados vitrales elaborados por artistas franceses y alemanes del siglo XIII.

Cuatro imágenes decoran la bóveda principal de la Basílica y corresponden a los cuatro Doctores de la Iglesia: San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio y San Jerónimo. El icono de este último, nos explica el guía, fue reducido a cincuenta mil pedazos por el terremoto de 1997, el cual sacudió a toda *Umbria* y aun cuando parezca increíble, fue recuperado, como un rompecabezas gigantesco, después del trabajo delicado y minucioso que por cinco años ocupó a los expertos en restauración.

Salimos otra vez al atrio y tomamos la escalera por la que subimos hace media hora. Bajamos para entrar a la Basílica Inferior. La puerta principal mira hacia el sur y es también un enorme arco ojival subdividido en dos arcos menores, también ojivales.

De estilo neorrománico, es un templo menos iluminado. En él, el misticismo se acentúa. Hay espacios lóbregos, oscurecidos y otros apenas alumbrados. Las bóvedas de crucería son muy bajas y casi se reducen a arcos de medio punto que parecen resistir con trabajo la gran masa edificada de la Basílica Superior.

El templo está poblado de pequeñas capillas y monumentos sepulcrales. En la nave central un sacerdote oficia misa en italiano mientras yo me ocupé en hacer tres o cuatro tomas clandestinas pues no se permiten cámaras de ningún tipo.

Los distintos espacios laterales, adornados con pinturas de Giotto y otros artistas menores de la época, ilustran múltiples escenas de elevación espiritual, de una contemplación religiosa advertida en cada centímetro y

que, en el rumor extendido de los visitantes, se transforma en oración expresa o en piadosa declaración de asombro.

Llegamos entonces a una puerta reducida, la cual conduce al *culmen* del conjunto arquitectónico. A un lado de ella se lee: *Entrata. Tomba S. Francesco.*

Comenzamos a bajar la escalera que lleva hasta la cripta; doblamos hacia la izquierda y continuamos descendiendo. Al término de los peldaños, la penumbra. Volteamos hacia la derecha y ahí está el sepulcro del Pobrecillo, en el fondo tenuemente iluminado. La gente avanza con lentitud por la estrecha y única nave. Es una peregrinación silenciosa, contemplativa, tocada por una vibración secreta de asombro y de piedad.

Fieles de todo el mundo están ahí, unos yendo, otros viniendo en el pasadizo místico de penumbra subterránea; hombres y mujeres, religiosos y seculares, ricos y pobres, sanos y enfermos, jóvenes y viejos, negros, blancos o mestizos, en procesión taciturna, quieren llevarse en los ojos o en el corazón, la imagen del receptáculo que guarda los restos del Pobre de Asís.

Los reiterados letreros pidiendo *silenzio* y la mirada severa de los vigilantes, no impiden el rumor piadoso de los peregrinos.

Nos acercamos a la tumba, una tumba sencilla, humilde como el Santo. No hay mármoles, ni oros, ni mosaicos, sólo un grueso, redondo y tosco pilar de piedra milenaria, una ancha y burda columna irradiada por el ámbar mortecino de las luces. Está abrazada a la mitad por una reja circular de color negro. En el centro del pilar, hay un hueco, una especie de ventana simple: a través de ella se puede ver la urna de piedra, asegurada todavía con las barras de hierro originales, colocadas por el propio

Fray Elías, discípulo del Santo, en el siglo XIII.

El guía nos explicará después que luego de dos reconocimientos hechos a los restos de San Francisco, uno en 1820 por el papa Pío VII y otro en 1978 por el papa Paulo VI, la reliquia ósea fue colocada en una urna cuyos componentes la conservan en mejor estado. En medio de esta atmósfera de contemplación y letargo espiritual, vale la pena mencionar, además del hecho histórico, el dato frío y científico.

Arriba, desde el cenital de la pilastra, cuelga un viejo candil, una lámpara votiva como un péndulo estático, inmóvil, detenido por la mano helada de la muerte. Brilla en él, sin embargo, una llama débil, que en sutiles parpadeos parece advertir, ante todo, el destello insistente de la vida.

En las cuatro esquinas, repartidas con simetría alrededor de la columna, descansan sus compañeros más allegados: Fray León, Fray Rufino, Fray Ángel y Fray Maseo.

La devoción ante la tumba no inhibe el humano impulso del viajero que acepta la posibilidad de no poder regresar jamás a este sitio. Decido entonces, como ya otros lo han hecho, esquivar la prohibición expresa de la toma fotográfica. Sí. Cometo el sacrilegio de levantar a escondidas la *Pentax* y activarla un par de veces. Es cierto, no es una atenuante de peso, pero al menos... al menos no he usado *flash*. Además... no es fácil reaccionar con normalidad cuando estoy frente a la tumba de *El pobre de Asís*, Santo Universal, el Otro Cristo y gran protagonista de la novela de Niko Kazantzakis, una de mis lecturas apasionadas de juventud. En fin... no hay argumento, simplemente tomé las fotos...

Salimos del recinto todavía con el olor de santidad

bajo los ojos, convencidos hasta la entraña de la plenitud alcanzada por San Francisco, de su fe inamovible, de su desbordamiento místico, de su abrazo absoluto al Amor Perfecto y a la Santa Pobreza.

Otra vez el imperio de la prisa, la ligereza del tiempo que se escurre sin sentir. Ya no podemos entrar a la sala donde se encuentran algunas reliquias del Santo, entre otras, su hábito ceniciento y la bendición autógrafa dedicada a Fray León.

Ni hablar. Otra vez será... ¿Y sí será?

Subimos al *Ardolino*. Con el tibio sol del medio-día y la evidencia de una mañana mística que se ha fugado en un instante, salimos hacia la Ciudad Eterna.





**Roma,  
la Historia en caudal**



Después de hora y media arribamos al corazón de Italia, a la ciudad en la que, según el adagio milenario, desembocan todos los caminos. Llegamos directamente a un restaurante y almorzamos con prisa unos macarrones insípidos cubiertos de queso parmesano, rebanadas de manzana blanca y agua embotellada.

Al terminar subimos al *Ardolino* y sin más, ingresamos al asombro de la urbe. En el recorrido panorámico, mientras el guía nos explica, vamos viendo tras las ventanillas los referentes auténticos de esas postales encontradas en cualquier enciclopedia. Ahí están las estampas genuinas de nuestro principio occidental: la cúpula de la Basílica de San Pedro en la bruma de la tarde romana, el río Tiber y su cauce apacible, bordeado de álamos que se elevan hacia el matiz nuboso del cielo gris; la majestad del Castillo de Sant' Angelo, mausoleo del emperador Adriano y fortaleza papal; la isla Tiburtina, encallada en medio del río, como un barco terrestre que ha detenido su marcha en una pausa imaginaria. Al lado, el Trastévere, según dicen el barrio más bohemio, siempre encendido por el delirio de los músicos y la alucinación de los poetas.

Atravesamos el Tiber por el puente Palatino y encontramos el Circo de Máximo, luego el Arco de Constantino y más adelante la soberbia del Coliseo, redondel de arcadas vetustas y piedra consumida... Allá el Foro,

extendido hacia la *Piazza del Campidoglio*, luego la Basílica de Majencio con sus muros de ladrillo bruto, antiguamente, en el esplendor del imperio, revestidos de mármoles fastuosos.

Al paso del *Ardolino*, podemos ver los obeliscos egipcios repartidos, erguidos como trofeos en medio de las plazas, tributo histórico a las ilimitadas latitudes imperiales.

Después la Basílica de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y la Plaza Venecia, que, solas, cada una, por sí mismas, serían gloria y aureola de la gran metrópoli.

Ahí el Foro de Trajano y su grandiosa columna de mármol, mástil insólito cuyos relieves ascendentes registran para siempre las victorias del emperador sobre los dacios.

El *Ardolino* se revuelve en el tráfico intenso, casi caótico de una ciudad vespertina sofocada en el escarceo de vehículos y transeúntes, de esa masa citadina, frenética, de individuos absortos en un ir y venir empecinado, tratando de sumarse, cada uno a su manera, al espíritu inmutable de una urbe consentida por la Historia.

Me lo habían contado, lo había leído, pero ahora lo veo. Roma es una ciudad infinita, una vibración de epopeya interminable, es la huella incesante de los tiempos, la propagación del hombre y su visión terrena; es el estruendo inconcluso de una dimensión sin nombre, el murmullo remoto de las horas detenidas.

Y si es tarea imposible describir todo lo admirado en las ciudades visitadas, Roma es el acabóse: para nombrarla entera se necesita algo más que las palabras, mucho más que el testimonio; más aún, no alcanzaría una vida entera para descubrirla y definirla. Por el momento,

a mí me basta el asombro para registrar estas insignificantes líneas, simple divertimento de un viajero ocasional y estupefacto, pues aunque son miles las palabras, los ojos nada más son dos y el tiempo sólo uno.

Aquí coexisten, unos al lado de otros, en el vaivén abstruso de un paisaje urbano imponente y desmedido, las columnas de longevas aladuras, las murallas avejentadas del imperio, los asentamientos medievales, las construcciones renacentistas y aun los edificios que la modernidad exige. Sin embargo, –oh paradojas de la modernidad– ni por su memorial de leyenda, la gran ciudad se libra del ácido visual del *grafiti*, ahí están las pintas en los ladrillos milenarios, en los contrafuertes medievales, ahí las cáusticas grafías mordiendo, vejando ciegas los vestigios.

Bajamos del *Ardolino* para hacer un recorrido a pie por algunos de los lugares más visitados del centro histórico. La tarde sigue nublada y ha comenzado a soplar un vientecillo vetusto y refrescante. Nos acercamos a la Plaza Navona, construida en el lugar donde estuvo el antiguo Estadio de Domiciano; es un espacio alargado de sur a norte, en el que, en otros tiempos, la molicie de los centuriones encendía la competencia, los caballos resonaban sus cascos y las ruedas chillaban en el giro lúdico y violento de los carros de guerra. Hoy es el centro de reunión para la charla, para el andar ocioso y el asueto de la nieve, el tabaco o el café.

Ahora mismo un grupo de treinta o cuarenta muchachos de apariencia oriental –al parecer japoneses– se reúnen junto a la Fuente de Neptuno y dirigidos por una persona mayor, entonan un coro clásico de matiz extraordinario; seguro lo hacen por mera recreación, por el simple gusto de cantar en la mismísima *Piazza Navona*.

Tengo la impresión de que han venido a Roma a actuar en algún teatro y no han desperdiciado la oportunidad de declarar su orgullo de cantores en este vértice único de historia y multitud. Para nuestra mala fortuna, no dura mucho la ondulación de sus voces deliciosas y pronto se dispersan en el paseo colectivo.

Silvia y yo caminamos hacia el centro de la plaza y vemos a algunos individuos caracterizados como estatuas, el cuerpo plateado y semidesnudo; así están, inmóviles, la mirada fija en un punto esperando que el paseante les dedique una moneda, entonces cambian de postura con un meneo pantomímico y regresan otra vez a su estatismo momentáneo.

Pero las estatuas auténticas están aquí en la Fuente de los Ríos, representan al Ganges, al Danubio, al Nilo y al de la Plata, ahí posan, con expresiones caprichosas, animadas en el mármol blanco, barroco, vivaz y perdurable de Bernini. En su homenaje continental le dan el marco justo al obelisco central que lanza su dardo de jeroglíficos egipcios hacia las alturas.

Hace sed. Dejamos la *Piazza Navona* y caminamos unas cuadras. Yo aprovecho para comprar un agua mineral y así, andando, tomarla con algo de whisky, claro, a la mexicana, pues no hay tiempo para detenerse en algún bar; es necesario seguir recorriendo los lugares previstos con la celeridad a que obliga el itinerario.

Así, llegamos a la Plaza de la Rotonda donde por supuesto hay un obelisco. Enfrente está el Panteón, *culmen* de la arquitectura romana, el cual no es propiamente un camposanto como lo creeríamos en México, sino un monumento dedicado a todos los dioses, –como su etimología lo advierte– construido por M. Agrippa en el año 27 antes de Cristo.

El equilibrio y la simetría de su fachada clásica, integran un conjunto extraordinario.

Hay un tumulto afuera y una multitud adentro. Unos salen y otros entran, apretujados junto a las columnas, bajo el pórtico de composición impecable. Nos metemos entre la gente y accedemos a su interior de maravilla: una construcción monumental de planta circular y cúpula hemisférica. Sus muros están poblados de receptáculos, hornacinas y pilastras. Aquí, entre mármoles agregados a una geometría de prodigio, descansan los restos de personajes como Rafael Sanzio y Vittorio Emanuele II.

En el centro de la cúpula se abre el *oculus*, un agujero circular de nueve metros de diámetro por donde entra la luz en chorro, rasgo sorprendente que le da al Panteón un aire de cíclope inmutable y desmedido. Silvia y yo sólo abrimos la boca porque se nos han fugado las palabras.

Desde el año 608 d. de C. fue consagrado como templo católico y ahora es un espacio para el turismo y la cultura. Allá, junto al altar, una orquesta da un concierto de música de cámara. La melodía y los aplausos continuados se confunden con el rumor de un gentío que no disimula sus asombros.

Cuando salimos, dejamos una aglomeración adentro y encontramos otra queriendo entrar apenas. Nosotros continuamos el andar y llegamos a la Plaza de España, donde, desde la fuente con forma de barcaza, diseñada por Bernini y en dirección al sur, apreciamos las decenas de escalones repletos de gente, peldaños que suben y suben, pasan por el obelisco flanqueado de terrazas hasta llegar a un templo en remozamiento, cuya fachada está cubierta por andamios que no dejan ver sino la parte más

alta de las torres.

Nos detenemos sólo para la foto de rigor y seguimos hasta la Fuente de Trevi. Ahí otra vez la multitud. Como podemos nos abrimos paso para llegar a la fontana. Encontramos entonces a Neptuno en el centro de la escena, soberbio, desafiando los vientos que ondean en su túnica de mármol, deleitándose en el rumor de las pequeñas cascadas, abiertas a cincel entre las rocas. Ahí está sometiendo los mares, ensalzado por su corte de corceles marinos y tritones agitados, inquietos ellos en el paisaje abrupto, detenidos en la piedra labrada, inmóviles en el instante barroco y vigoroso.

Detrás, el escenario neoclásico de columnas, estatuas y ventanas, complementan el conjunto; le dan al Señor de los Océanos el marco regio, divino que le corresponde.

Como podemos nos acercamos a la orilla de la fuente, el mismo lugar donde Carlota, emperatriz de México y mujer de Maximiliano, bebió de sus aguas, cuando en su peregrinar amargo buscaba el apoyo papal para su imperio artificioso, cuando en su inocente desvarío pensaba que podría ser víctima de envenenamiento si tomaba agua en los aposentos palaciegos.

Aquí, cientos de personas repiten el ritual de leyenda: de espaldas a la fuente, con el brazo derecho y sobre el hombro izquierdo, lanzan al agua una moneda para asegurar el regreso a Roma. Silvia y yo también lo hacemos porque ¿quién no quiere volver a esta ciudad, la cual, de borde a canto, es una reliquia universal centuplicada, a esta ciudad que es la mismísima memoria convertida en piedra, el vestigio total, el arquetipo absoluto, la Historia en estampida? ¿Quién...?

Ya ha oscurecido cuando el guía nos invita a en-



filas hacia el hotel. Compró un agua mineral más y continuó mi trago a la mexicana mientras seguimos por las calles atestadas.

Caminando llegamos a la estación *Términi*, la terminal ferroviaria más grande y más conflictiva de Europa. Ahí, en una de sus aceras interminables, dos ebrios consuetudinarios, sentados sobre unos cartones mugrosos, bajo una farola de luz mercurial, balbucean algo a nuestro paso. Yo me detengo por curiosidad y compruebo que también en el centro del mundo existen la indigencia y la basura. Con señas me piden un cigarro. Los veo sucios, barbudos y desaliñados, los ojos quebrantados, la lengua blanca y los labios ampollados; el aspecto típico del palomero mexicano.

El whisky me ha vuelto solidario. Saco mi cajetilla, la sacudo levemente y les ofrezco dos Marlboro. Los toman. Me preguntan algo y yo entiendo como que de dónde los traigo. Les digo que desde México, exclusivamente para ellos. Se ríen con una gratitud extraviada y me piden fuego en un italiano de abandono masculante.

Mi instinto gregario me despierta del coloquio callejero y dejo a los borrachos para alcanzar a la tropa que ya llega al *Siracusa*, hotel donde pernoctaremos las próximas tres noches. El guía ha visto la escena y me reclama mi imprudencia; me conmina a ser más cauto en una ciudad atractiva pero complicada y peligrosa.

El *Ardolino* está enfrente del hotelucho. Bajamos las maletas. En la recepción nos dan la llave de una modesta habitación y pronto la ocupamos. Bajamos a cenar cualquier cosa y subimos otra vez para dormir rendidos de cansancio y llenos de historia hasta los bordes.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano. Son las seis de la mañana y ya estamos desayunando un

pastelillo de chocolate y café caliente, dos rebanadas de pan con queso y salsa dulce de tomate.

Salimos en el *Ardolino* hacia el Vaticano. No tardamos mucho en llegar y pronto nos agregamos a una fila interminable, extendida a lo largo de la gran muralla, alta y muy ancha, que dentro de la urbe romana, circunda al Estado más pequeño del mundo: el *Stato della Città del Vaticano*.

Esperamos poco menos de una hora y la fila comienza a avanzar, entonces llegamos a la puerta del *Musei Vaticani*. Luego de la auscultación obligada, con detector de metales y demás, entramos hasta un espacio amplio... pasto, macetones con bugambilias y una gran esfera dorada al centro.

El guía nos conduce hacia una sala donde se exponen decenas de esculturas de la Grecia clásica. Seguimos por amplios pasillos ricamente adornados, pasajes con arcadas y columnas hasta que llegamos al conjunto escultórico de Laocoonte, tallado en mármol blanco. Este personaje de musculatura impresionante y expresión dolorosa, libra una batalla con dos serpientes que amenazan a sus hijos. Más adelante podemos ver algunas esculturas, vistas ya en los libros de introducción a la filosofía: Sócrates y su nariz roma o Platón y su cinta a la cabeza...

Hay más hornacinas con incontables estatuas de dioses y personajes de la tradición griega.

Seguimos por los pasillos y en tanto nos acercamos al acceso a la Capilla Sixtina, la aglomeración se hace más evidente. Los muros y las bóvedas están adornados con magníficos mosaicos, pinturas tan bien trabajadas en volumen que parecen relieves indudables.

Avanzamos boquiabiertos, aglutinados, a pasos breves, pegados unos a otros, hombro con hombro, pecho

con espalda, llevados por la gente... tal como si fuera un veinticinco de abril en el jardín de San Marcos o en los andadores de la feria más grande de México...

Por fin, por fin entramos en la Capilla Sixtina y nos topamos con otra aglomeración adentro. Nos indican permanecer en el interior sólo quince minutos, para desalojar luego y dar oportunidad a quienes siguen.

Entonces, en medio del gentío murmurante, viene el aislamiento, algo así como un silencio artificial; un cerco de mutismo inhabilita los oídos, evita la distracción y propicia que el universo entero se meta por los ojos.

Todos los presentes miramos hacia arriba como si miráramos al cielo. Allá en la bóveda está el origen absoluto, la aurora primigenia, el principio universal y el nacimiento del hombre, el génesis proclamado en nueve frescos y un epicentro bíblico.

Ahí el mensaje rotundo de la imagen, del *fiat lux* reverberando hacia el diluvio universal. En el centro el influjo divino, la creación de Eva y el pecado original. Jehová Dios que extiende su brazo excelso hacia un Adán todavía divino, las manos a punto de juntarse, los dedos tratando de alcanzarse el uno al otro en un instante celeste, interminable... Dios y hombre en la unidad cardinal...

Y abajo, en los muros, más frescos de composición increíble y honda resonancia bíblica.

Al fondo, sobre el altar principal, el Juicio final donde la majestad de Jesucristo, el brazo derecho levantado en ademán de juez supremo, decide la salvación o el castigo eterno, la luz o las tinieblas para siempre...

El llamado a salir de la capilla regresa los murmullos. Los quince minutos se han vuelto nada y es una lástima inaceptable abandonar la sala cuando apenas empieza a sentirse el escalofrío de estar en el sitio donde,

en el mayor de los secretos, los cardenales deciden en el cónclave quién señalará el rumbo a la grey universal.

Salimos en dirección a la gran basílica y ahí nos esperan otras maravillas. La primera es saber que su construcción tardó 120 años y en ella participaron, en diferentes momentos, brillantes arquitectos como Bramante, Rafael, Miguel Ángel y Bernini, entre otros.

La multitud comienza en la puerta principal y continúa, densa, hasta el fondo. Los idiomas se confunden, personas venidas desde todas las distancias comparten el asombro.

La Basílica de San Pedro parece construida para la eternidad. Cada columna, cada muro, cada ornamento, avivan la grandiosidad y el esplendor que quizá –es cierto– duren para siempre.

Entrando, a la derecha, la gran obra, la escultura total detrás del cristal protector: *La piedad*... el fruto increíble de las manos de un escultor que algo tenía de divino, un muchacho de 24 años llamado Miguel Ángel.

Ahí está la resignación universal en el mármol impecable, el regazo de María como un espacio de amor incesante donde cabe la mansedumbre absoluta; su rostro dulce y el cuerpo aniquilado de Jesús, abatido por la muerte momentánea.

Las palabras se agotan ante la proporción perfecta repartida en un triángulo divino, extático, inefable...

Seguimos caminando nave adelante, entre el genio que no cesa de admirarse y de buscar las mejores tomas. Después, el preciosismo del baldaquino de Bernini y arriba, la gran cúpula, las imágenes de los cuatro evangelistas y una franja que rodea toda la base, donde se ha plasmado con letras de dos metros la suprema ordenanza como veredicto inmenso: *Tv es petrvs et svper hanc pe-*

*tram ædificabo ecclesiam meam et tibi dabo claves regni cælorvm*, traducida en el legendario “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos”.

Más adelante, allá, en el ábside, una silla de bronce como un trono; según la tradición fue usada por San Pedro. Arriba de ella, en el mármol tallado hasta la transparencia, el estallido permanente de la luz, el advenimiento del Espíritu Santo que en su vuelo luminoso, se abre paso en el fragor de una multitud de querubines. Es un estruendo místico: el Espíritu Santo adviene desde la eternidad, desde el fondo de la luz absoluta, para hacerse presente en este mundo simple y miserable.

Las palabras se postran nuevamente, rinden sus significados, abdican ante la incesante fusión de arte y misticismo.

Luego bajamos a la gran tumba, al nicho donde yacen los restos de quien negó tres veces para que la buena nueva subsistiera y después se agigantara. Según el guía, el sitio es el centro exacto de toda la estructura.

Adelante, más tumbas de papas. Nos detenemos un poco en la de Albino Luciani, aquel Juan Pablo I cuya muerte sigue siendo uno de los grandes misterios contemporáneos del Vaticano.

Regresamos a la puerta principal de la basílica y desde ahí, otra vez Bernini nos abre el eclipse exacto de sus geniales columnatas: La Plaza San Pedro con su imponente obelisco y las dos fuentes a los lados.

Afuera, bajo el sol, la estatua de San Pedro, donde el guía nos ha pedido reunirnos. Mientras éste da algunas indicaciones yo detengo mi vista en la escultura. El Simón Pedro con sus rizos de mármol, está ahí como perpetuo guardián de la basílica, con las llaves del Reino

en la mano pero la mirada baja, mostrando su humildad a pesar de ser el elegido del Mesías.

En tanto yo observo la escultura, Silvia compra algunos rosarios y estampas, además de dos o tres medallitas con la figura papal. “Para llevarle a tu mamá” me dice mientras me muestra un rosario de madera que huele a rosas.

Caminamos entre las columnas del semicírculo y tomamos la *Via della Conciliazione*. Al doblar hacia una calle transversal cruzamos por una gran puerta de la muralla habilitada como pasadizo para comunicar al Vaticano con el Castillo de Sant’ Angelo.

Más adelante llegamos a un restaurante cuya decoración moderna llama la atención en una ciudad donde todo, o casi todo es antiguo. Son las dos de la tarde cuando ya estamos sentados en una mesa a donde nos llevan espagueti, arroz con camarones y una botella de vino blanco.

Después de una agradable sobremesa salimos para abordar el *Ardolino* y trasladarnos al Foro romano. Paolo se mete otra vez en un tráfico imposible hasta que por fin, llegamos al Coliseo. Cuando ya se ha estacionado comienza a caer una tormenta y debemos permanecer en el autobús por media hora. El tableteo del agua, más allá de las ventanillas, golpea muros y empedrados vetustos como lo ha hecho por siglos y más siglos.

La lluvia cesa. Bajamos del vehículo y ya podemos caminar hacia el Anfiteatro Flavio, mejor conocido como Coliseo. El guía nos explica que el emperador Vespasiano ordenó su construcción en el año 70 d. de C. y fue continuada por sus hijos Tito y Domiciano, para terminarse en el 82 de la misma era.

Mientras él continúa hablando, yo paseo mi vista

por el edificio vetusto y escucho a la Historia decir que en su interior murieron miles y miles de personas obligadas a luchar entre sí o contra animales feroces, peleando por su vida ante la agitación enfermiza de las turbas frenéticas, ante la mirada soberbia y concluyente de los emperadores, quienes llevaron hasta el morbo más extremo la lúdica inclinación del ser humano.

Veo las añosas arquerías, perfiladas en su simetría rigurosa, fugándose en la perspectiva de su curvatura, reflejándose en el piso recién llovido de la plazoleta.

Me llaman la atención los orificios repartidos en la redondez de la fachada. Según se nos dice, son una de tantas evidencias del saqueo sufrido por el Coliseo a través del tiempo. Y es que en la decadencia del imperio, durante la Edad Media y hasta el siglo XVII, los rapaces se fueron llevando las herrerías, los mármoles, las piedras y hasta la cal, sin saber que en cada depredación mutilaban, ciegos, valiosos folios de la Historia.

Sin embargo ahí está, sobreviviendo a la rapiña y a los años, ahí su geometría impresionante, la estatua redondeada de sus trazos elevándose a pesar del flujo corrosivo de las eras, ahí como un testimonio detenido, impasible, colosal...

Cuando nos asomamos a la parte de adentro, al redondel donde morían los gladiadores, la estructura avejentada y su intimidad expuesta, me parecen, no sé por qué, las entrañas de una colmena seccionada.

Unos vendedores de pulseras nos sacan de la retrospectiva. En un español muy malo dicen ser hindúes que han traído brazaletes plateados de su tierra. Les decimos que no tenemos la intención de adquirir nada pero nos insisten con una actitud hasta intimidatoria y terminamos comprándoles, casi a la fuerza, tres o cuatro objetos,

los cuales, como después comprobamos, eran solamente unas baratijas.

Seguimos caminando y vemos luego a unos individuos disfrazados de soldados romanos, encabezados por un hombre viejo vestido como César; hacen su negocio llamando a los turistas a tomarse una foto en su compañía; por supuesto, como fondo el Coliseo.

Continuamos hasta el Arco de Constantino, monumento asombroso con el cual se conmemoró la victoria del emperador del mismo nombre, en una de sus más grandes batallas. La edificación consta de un arco central y dos menores a los lados, recubiertos de mármoles y relieves, de columnas, estatuas e inscripciones, algunas de ellas impecables a pesar de los años transcurridos.

Subimos por una calzada rústica; a la derecha algunas pilastras desgastadas, único vestigio de lo que un día fue el espléndido Templo de Venus, a la izquierda la Colina del Palatino, donde Rómulo, el fundador legendario, depositó la semilla del imperio.

Caminamos unos cien metros y llegamos hasta otro arco; éste es el de Tito, elevado para celebrar su victoria ante las huestes de Jerusalén. En los relieves puede verse a la soldadesca romana llevando el botín de la batalla.

Bajamos una ligera pendiente y llegamos al centro mismo de la Ciudad Eterna: el Foro Romano, recién empapado por la lluvia, una extensión de cuatrocientos metros, cuyos extremos son dos arcos: el de Tito y el de Septimio Severo.

Ya recorreremos el lugar y sólo podemos ver al tiempo victorioso. Lo que fue el corazón de la vida en el imperio, el lugar donde se desarrollaba la febril actividad de la urbe, el sitio de las asambleas populares, de las



transacciones económicas, de las ceremonias religiosas y la administración de la justicia es ahora un apogeo desvanecido, una ruina terminante, una copa donde el tiempo se ha bebido incluso los residuos.

Sin embargo no dejan de impresionar los restos de piso que un día fueron mármol opulento; las columnas destechadas siguen ahí, erguidas como alarde último en el paso de los años, los basamentos carcomidos por siglos y más siglos en torrente, los trozos de pilastra, azotados en el suelo por el vendaval de los instantes sempiternos.

Ahí está la Casa de las Vestales y su vestigio reducido, el templo de Antonino y Faustina, erguido con tenacidad en medio de la ruina, las tres columnas que han quedado del templo de Cástor y Pólux, la basílica Emilia y la basílica Julia, de las cuales ya no se ve sino la traza. Ahí la Vía Sacra y su empedrado remoto. Del templo de Saturno, del de Vespasiano, sólo unas columnas y algunas rocas superpuestas en desorden.

Al lado, el arco de Septimio Severo, aún fuerte y definido, sus columnas y relieves, los caracteres latinos todavía legibles en el mármol blanco...

En el Foro Romano el tiempo cóncavo, vuelto hacia sí mismo, regresa en cada piedra, retorna para afianzar su señorío; invisible subyuga, avasalla, se posa otra vez sobre la ruina y empuña su cetro milenar, tal como lo seguirá haciendo hasta el fin último de las edades.

Es cierto, el Foro Romano es la mejor muestra de que no hay imperio más grande que el tiempo, única autoridad verdadera y perdurable; es la postración de la obra humana ante las edades imbatibles, la evidencia de la real potestad de los siglos sobre un mundo fugaz y transitorio.

Por momentos las nubes dejan pasar el sol ana-

ranjado de la tarde y llega con suavidad hasta los muros carcomidos y las columnas todavía humedecidas. Pronto oscurecerá y es hora de regresar.

Mientras nos dirigimos hacia la estación del metro que nos llevará al *Siracusa*, un vientecillo de lluvia ondea en los cipreses, frente al Coliseo. Silvia, con un suave ademán acomoda su pelo tras la oreja y lamenta la brevedad de nuestra estancia.

El cielo gris de la tarde y los vestigios repartidos en todos los puntos a donde va la vista, me hacen pensar que en definitiva Roma es una gigantesca muestra museográfica donde toda proporción se pierde, donde cualquier esfuerzo por hacer un recuento detallado se diluye. Es sencillamente imposible. Las palabras se extravían, se terminan, se congelan ante tanta Historia repartida.

Roma es todo eso, un antiquísimo poema, una oda moderna, una elegía medieval, un símbolo neoclásico, un himno imperial del que han quedado solamente, unas notas frágiles, pero altivas y vibrantes.

**Pompeya,  
una ciudad fosilizada**



**A** las seis de la mañana salimos del *Siracusa* y Abordamos el autobús. Después de tres horas en el arrullo de la mañana nublada y una autopista cómoda y somnolienta, nos detenemos para desayunar en un restaurante cercano a Pompeya, la ciudad que fue sepultada por una erupción volcánica. Café, huevos revueltos, un poco de arroz y pan, son el preámbulo de una mañana de emociones arqueológicas.

Pompeya es una ciudad para burlar al tiempo, una urbe dormida en el letargo de las eras. Construida sobre un monte, se encuentra siempre ahí, dispuesta en todo momento a mostrar la desnudez de su memoria, de esa memoria viva nacida de sus casas y columnas suspendidas en los siglos, de sus pisos, mosaicos y murales que reposaron dos mil años cubiertos por las cenizas del Vesubio.

Ahí están sus calles de ladrillo y piedra, demoradas en el sopor obligado que la Historia y una erupción les endosaron. Es una ciudad como una estrella decrepita, la cual, después de dos milenios, proyecta hasta nosotros la semirruina de sus efluvios; es como una melodía tocada en la antigüedad, llegada hasta nosotros con acordes disonantes pero exactos, transportados en el soplo de un viento envejecido.

Pompeya es una urbe romana que un 24 de agosto del año 79 d. de C., a partir de la una de la tarde y hasta el

día siguiente, osciló entre el asombro de un espectáculo admirable y la muerte inequívoca, inminente y sorprendente.

Un historiador de la época, Plinio el Joven, quien entonces era un muchacho de dieciocho años, escribió dos cartas a su tío Tácito, también historiador y en ellas relata los pormenores del suceso.

Leyendo estos documentos es fácil imaginar el estrépito que ensordeció a los habitantes de Pompeya, el cráter abierto como una gigantesca boca para arrojar sobre la población toneladas de piedra incandescente y extender sus nubes de ceniza y gases tóxicos, para derramar sin límites la lava, ese fuego viscoso que sepultó a cientos de niños, hombres, mujeres y ancianos, quienes vieron detenida su rutina y testificaron como visión última, el fin abrupto de su inercia existencial. Todos ellos supieron del trance final de una ciudad tranquila, la cual no vería la luz del sol sino dos mil años más tarde, después de aquellas excavaciones fortuitas que descubrieron los restos de la tragedia milenaria.

La descripción de Plinio el Joven es magistral y no puedo contener el deseo de transcribir algunos párrafos, sólo como referencia.

Cuenta el historiador que en el fragor del cataclismo *brillaban en varios puntos extensas capas de fuego y llamas impetuosas, a cuyo resplandor contribuía la oscuridad de la noche.*

Más adelante narra cómo *una horrible nube negra desgarrada por relámpagos zigzagueantes, dejaba al descubierto masas de llamas, como rayos...*

Con el rugido de la erupción *las casas se estremecían con violentas sacudidas y parecían estar tambaleándose de acá para allá como arrancadas de sus cimientos.*

En tanto sólo se oían los gemidos de las mujeres, el llanto de los niños, el clamoreo de los hombres. Unos llamaban a sus padres, otros a sus hijos, otros más a sus esposas. Muchos clamaban a los dioses, pero la mayoría estaban convencidos de que ya no había dioses y esa noche era la última del mundo.

Fue en 1748, cuando la casualidad, madre de muchos descubrimientos de gran importancia histórica, permitió que un campesino encontrara indicios de la ciudad sepultada al estar abriendo una poza. A partir de entonces y hasta ahora, las excavaciones han sido incesantes.

Pompeya es un caso *sui generis* en la historia de la Arqueología porque la avalancha de ceniza, lava y piedra volcánica, fijó en el tiempo la conmoción de un día, la dinámica inusual de una jornada sorprendida y la guardó en un receptáculo sellado para que, dos milenios después, con avidez investigativa y gran apetencia arqueológica, varios privilegiados, de generación en generación, emprendieran la tarea de ir desenterrando aquella maravilla.

Así, fueron de asombro en asombro, sacando a la luz un tesoro histórico que puede admirarse ahora en la propia Pompeya o en el Museo Arqueológico Nacional, en la ciudad de Nápoles. A más de 250 años de excavaciones, todavía se encuentra oculta por toneladas de materia volcánica, la tercera parte de la ciudad y con ella, varias muestras vivas de la cultura romana.

El guía, un italiano de sesenta y cinco años, de voz grave y segura, delgado y ojeroso, viste una gabardina negra para guardarse del viento frío que sopla desde la bahía napolitana. Tiene aspecto de intelectual cansado y fuma con parsimonia, con la calma de quien se da todo el tiempo para contar su historia. En un español pausado nos explica todo esto, paso a paso, mientras entramos a

la ciudad por la Puerta Marina, llamada así porque mira al Mediterráneo. En realidad son dos puertas, ambas en forma de arco y bóveda alargada; la primera, angosta, estaba reservada para el paso de los peatones y la segunda, el doble de ancha, era destinada a las carretas y los animales.

Caminamos por la *Via dell'Abbondanza*, una calle larga y estrecha, adoquinada, con banquetas y acequia y en cuyo arroyo cabe una carreta. A ambos lados, la ruina en fila de los comercios y las casas, unas de piedra, otras de ladrillo... algunas todavía conservan el aplanado... ninguna tiene techo, pues según nos explica el guía, éstos se venían abajo, colapsados por el material volcánico.

A la izquierda encontramos el Foro, centro de la vida religiosa y política de los pompeyanos; en primer término algunos edificios públicos, al fondo el Templo de Júpiter y a los lados el de Apolo y el de Vespasiano,

Más adelante, sobre la misma *Via dell'Abbondanza*, entramos a las Termas Estabianas, baños públicos que aún conservan su estructura, con gimnasio, piletas y pozo para el abastecimiento de agua, piscina y aposentos para los baños de vapor.

En la estancia principal, de bóveda decorada, los museógrafos han colocado en vitrinas algunos de los llamados *calcos*; en ellos puede apreciarse la desesperación de las personas al sentir la inminencia de la muerte.

El guía nos explica el origen de estas aterradoras estatuas de yeso. Sucede que cuando se hacían las excavaciones, con frecuencia eran encontrados algunos huecos irregulares que habían contenido cuerpos humanos. Un arqueólogo tuvo la idea de rellenar con yeso dichas oquedades, las cuales, como moldes circunstanciales, forjaban estatuas conmovedoras, patéticas, en el momen-



to mismo de la angustia final.

Estos *calcos* se pueden encontrar en varios de los sitios de Pompeya; algunos retorciéndose en el último estertor, otros tratando de alcanzar a un ser querido, algunos más tapando sus bocas para no inhalar los gases tóxicos, otros más arrastrándose hacia algún lugar o apretando con avidez desesperada sus pertenencias. Cada expresión es, paradójicamente, un testimonio vivo de la muerte.

Incluso hay *calcos* de perros que, amarrados en las casas de sus amos, murieron en la desesperación de no poder huir del cataclismo.

Hasta la fecha se ha contado un número aproximado de dos mil víctimas humanas, sin embargo es de esperarse que en las excavaciones, todavía inconclusas, se sigan descubriendo más signos de zozobra y agonía.

A lo largo de la calle podemos ver hacia adentro de las viviendas las estancias y los aposentos derruidos; algunas columnas conservan todavía su recubrimiento acanalado, otras muestran el ladrillo desnudo... hay inscripciones en los muros, puertas en pie, arcos, ventanas, mosaicos en los patios, decoraciones en relieve, frescos deslavados, piletas, fontanas en ruinas, vasijas, piedras de molino y hasta macetas.

Más adelante, el guía nos sugiere fijarnos en un adoquín muy peculiar ubicado a media calle: tiene esculpido un falo, el cual parece apuntar en una dirección; es una señal para dar vuelta y tomar la calle de la izquierda, donde se encuentra nada más y nada menos que El Lupanar, “una casa de mancebía” en la que los hombres podían ayuntar con alguna prostituta por un precio similar “al de dos copas de vino”.

El Lupanar es un lugar sórdido, de aposentos

reducidos y camastros de ladrillo; sobre ellos, algunos pompeyanos lascivos extendían con impaciencia y avidez una especie de colchoneta. En las paredes se pueden ver murales muy bien conservados que ilustran posiciones sexuales como “una especie de menú para el cliente”. Asimismo, son notorias varias inscripciones, avejentadas y poco legibles; en ellas, según se nos explica, los usuarios expresan alardes de virilidad, lamentos de amor, peticiones especiales y hasta obscenos juegos de palabras.

Además es frecuente encontrar en varios lugares de la ciudad, incluso en casas particulares, mosaicos y pinturas cargados de sensualidad, indicio preciso del famoso erotismo pompeyano.

El cielo ha comenzado a despejarse y sale el sol a calentar un poco el recorrido. El airecillo frío no cesa del todo y el abrigo sigue siendo necesario. La caminata continúa.

Nuestro guía enciende otro cigarro. Nos indica dar vuelta en la próxima esquina para tomar la *Via Stabiana*, una calle que atraviesa en forma transversal toda la ciudad. Después de pasar algunas casas y luego de atravesar un pórtico abovedado, aparece ante nosotros el Teatro Grande, un escenario construido a la más pura usanza griega, aprovechando la pendiente natural de una colina de lava.

La edificación semicircular cuenta con graderío, lugar para la orquesta, proscenio y escenario. Detrás hay un espacio rectangular, el cual servía de vestidor a los actores. El guía nos presume que este teatro sigue siendo utilizado para espectáculos artísticos de primer orden. Según dice, aquí han dado conciertos artistas de renombre mundial como Pavarotti, Carreras y Plácido Domingo.

Algunas personas toman el sol en las gradas derruidas, otras más escrutan el deterioro del escenario. Yo fumo, recargado en una columna, sorprendido por toda esta historia en avalancha.

Atrás del Teatro Grande encontramos el Cuartel de los Gladiadores, un cuadripórtico integrado por setenta y dos columnas dóricas. Originalmente se utilizaba para que los espectadores pudieran pasear y conversar durante los intermedios, pero posteriormente fue alojamiento de gladiadores. De ahí el nombre.

A un lado de estos dos edificios, encontramos el *Odeion* o Teatro Pequeño en el que hasta mil quinientos espectadores podían presenciar audiciones musicales, representaciones de pantomima y declamación de poemas.

El tiempo se termina. Pronto serán las dos de la tarde y debemos ir a comer a Nápoles. Desandamos el camino y yo aprovecho para tomar más fotos, para curiosear y respirar aires milenarios en el interior de algunas casas, para tocar otra vez sus paredes vetustas, carcomidas e imaginar –por qué no– mis botas mineras como sandalias romanas en la tierra apisonada.

Finalmente nos encaminamos hacia el *Ardolino* y en la exhalación de tres instantes estamos dejando atrás la inmovilidad histórica de una ciudad fosilizada.



**Nápoles,  
entre la bahía y el Vesubio**



¿Qué se puede ver en Nápoles durante cuatro horas de una tarde de domingo? Mucho tal vez o casi nada.

No tarda gran cosa el *Ardolino* en cubrir los 25 kilómetros que separan a Pompeya de la ciudad napolitana. Aunque el trayecto es corto, el paisaje es atractivo en algunos tramos. A través de la ventanilla podemos ver a la derecha y a lo lejos, la montaña del Vesubio elevando su estatura de 1 270 metros, volcán de leyenda que, como tantos otros, ha estado allí, latente y potencial, desde los tiempos primordiales, cuando disminuyeron los estertores de la Tierra.

Paolo, el chofer, va de buen humor. Como es napolitano está gustoso de volver a su tierra. Ahora maneja el *Ardolino* con especial entusiasmo, nos pone música disco y habla sin parar utilizando su *manos libres*. Quizá se comunica con amigos o familiares.

Entramos a Nápoles. Pasamos por dos o tres lugares de interés y antes de llegar al restaurante nos detenemos en un malecón desde donde se abre a la vista la bahía. Hay algo de sol. La brisa es fresca y el azul del mar es muy oscuro. A la izquierda vemos una construcción insólita: un castillo edificado sobre un islote de roca viva. Es el *Castel dell'Ovo*, una fortaleza construida en el año 1121 que fue depósito del tesoro del reino y más adelante una cárcel.

Subimos nuevamente al *Ardolino* y en unos minutos llegamos a la *stazione maritima*, el embarcadero donde los buques regresan o salen hacia Capri y Sorrento, hacia Sicilia y Cerdeña. Algunos de nuestros compañeros abordan una barcaza grande que los llevará a Capri y otros más decidimos quedarnos en Nápoles para conocer sus atractivos.

Nos metemos en un restaurante. Comemos una *pizza margarita*, tradicional de esta ciudad, en compañía de un matrimonio portugués. El hombre habla algo de español y podemos platicar algunas cuestiones sobre Portugal y México. Yo lo he llamado *lusitano* y eso le ha parecido extraño, pero lejos de ofenderse, me pregunta curioso cómo sé yo que así les llaman a los portugueses. Por casualidad he recordado que en los años del imperio romano a esa región aledaña a las Hispanias, le llamaban Lusitania. Le da gusto que un mexicano sepa eso y lo comenta satisfecho con su esposa.

Terminamos de comer y nos despedimos de nuestros amigos ocasionales para recorrer el centro de Nápoles.

En unos minutos llegamos caminando a la Plaza del Plebiscito. Al oriente observamos el Palacio Real y su fachada del siglo XVIII, adornada con hornacinas donde se resguardan estatuas de diversos personajes del reino de Nápoles. Los hay vestidos a la usanza medieval, renacentista y propiamente neoclásica.

Al poniente está el templo de San Francisco de Paula, una construcción simétrica y muy sobria que, al menos en su exterior, guarda un gran parecido con el Panteón de Roma. Al sur, después de unos árboles, se ve el azul profundo del Mediterráneo. Al norte, en una de las calles aledañas a la plaza, se ha reunido una veintena



de muchachos, cada uno con su novia y su motocicleta. Son jóvenes de pelo largo, lentes oscuros y vestimenta estrafalaria. Fuman y encienden sus vehículos sólo por el placer de escuchar el bramido escandaloso.

Mientras Silvia se adelanta hacia la Galería Humberto I, yo me asomo a unas callejuelas muy estrechas de enlosado gris y casas de barrio donde, en pleno centro de la ciudad, se percibe vida de suburbio. No me adentro más porque hasta me ha parecido peligroso. Tal vez exagero pero me acuerdo de las famosas mafias napolitanas y mejor me regreso para alcanzar a Silvia.

La Galería Humberto I es muy parecida a la Vittorio Emanuele de Milán. Es un edificio construido en el siglo XIX; la cubierta es de acero y cristal. A lo largo de sus dos pasillos en cruz, se extienden los negocios de primerísima clase donde se vende ropa, zapatos, café, objetos suntuarios...

En una de las puertas de acceso Silvia y su buena suerte se encuentran un billete de cinco euros. Lo guarda celosamente en su cartera y promete conservarlo para gastárselo “en la siguiente vez que regresemos a Italia”. Me parece un buen chiste pero no lo digo.

De pasada vemos el Teatro de San Carlo. Según dicen, es mucho más bello y famoso que el de la Scala de Milán. En las calles hay varios jóvenes de raza negra vendiendo en tenderetes sobre las aceras, bolsos para mujer, paraguas, lentes...

El cielo se ha puesto nublado y comienza a soplar un viento gélido. Nos dirigimos al embarcadero donde llegarán de regreso nuestros compañeros de viaje que han ido a Capri. Pasamos por un castillo admirable del siglo XIII, construido junto al mar y el cual, hoy en día, es sede del ayuntamiento de la ciudad. No podemos entrar pues

según nos explican, por ser domingo está cerrado. De todas maneras lo podemos admirar por fuera; sus torreonnes medievales de piedra gris se alzan imponentes. Los banderines ondean en las almenas, agitados por la brisa marina que sopla del Mediterráneo. En uno de sus muros inmensos se puede ver la huella de un cañonazo. Al hacer un acercamiento con mi cámara de video, percibo con claridad la marca hundida del impacto.

En el embarcadero encontramos otra vez al matrimonio portugués, tomando café en la terraza de un establecimiento, mientras esperan. Están también Samba y Ma. Ángeles, compañeros en el *Ardolino*, pareja de recién casados, ella alta, delgada, originaria de Málaga y él, un negro gigantesco, muy noble, nacido en Mali, con quienes platicamos por primera vez a pesar de habernos encontrado varias ocasiones en nuestra andanza compartida.

Silvia se ha puesto su chamarra de borrega y yo, que no traigo nada abrigador para echarme encima, me veo orillado a engrosar mi camisa delgada con unos whiskys a la mexicana.

Samba toma café expreso en una taza diminuta. En un buen español nos comenta su origen africano y confiesa su admiración por el grupo *Maná*; en tanto María Ángeles declara emocionada su deseo de conocer algún día Teotihuacan y Cancún.

Los buques llegan de Capri y Sorrento, agitados por la brisa helada. El agua es ahora gris; su azul profundo lo ha borrado la nublazón oscura y esa lluvia suave que comienza a caer, pertinaz y melancólica. Pronto será de noche y debemos regresar a Roma.

Abordamos el incansable *Ardolino* y dejamos Nápoles con la sensación de que no hemos visto todo cuanto hubiésemos deseado.

**Madrid,  
lugar de puertas y plazas**



Amanece en Roma. El viaje por Italia ha concluido. Tenemos la mañana libre y desayunamos con calma café, yogurt y pan con jamón y queso. Otra vez tenemos la oportunidad de platicar con Samba y María Ángeles, compartimos números telefónicos, domicilios, direcciones de correo electrónico y promesas de hablarnos y escribirnos. Su vuelo saldrá antes que el de nosotros y se despiden; ha terminado su luna de miel y deben regresar a Málaga, donde los espera su nueva vida.

Silvia y yo tenemos todavía dos horas para pasear un poco y las aprovechamos comprando algunas cosas en la *Via Nazionale*, una calle donde hay muchos comercios, sobre todo de ropa y zapatos.

Con el sol del mediodía salimos de Roma hacia el aeropuerto “Leonardo de Vinci”, conocido también como *Fiumicino* por estar cerca del poblado del mismo nombre.

Ahora vamos a España, donde estaremos tres o cuatro días según nos alcancen los recursos.

Mientras el *Ardolino* recorre los treinta kilómetros de distancia, el guía, achispado por el tinto que siguió tomando después del desayuno, pone en el estéreo algunas canciones de trova y nos dice a Silvia y a mí: *Ya que vosotros sois de la América podréis detallarnos cómo se llama cada una*. Sólo vamos como pasajeros nosotros, dos amigos de Sevilla y otros más de Islas Canarias; al

volante, Paolo, por supuesto.

Escuchamos a Mercedes Sosa, Amaury Pérez, Guadalupe Pineda, Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, mientras disfrutamos del paisaje que ofrecen las campiñas romanas.

Llegamos al aeropuerto y en tanto esperamos nuestro vuelo a Madrid, el guía nos invita una cerveza. Afuera, más allá de las vidrieras, los aviones hilan su rutina de ir y venir, de esperar y de marcharse, de aterrizar y despegar, de llegar rugiendo en la estridencia del regreso o de lanzarse hacia las nubes como un dardo de ausencia, lejano y silencioso...

Abordamos nuestro avión y en cuatro instantes ya volamos sobre el Mediterráneo. Cerca de tres horas de viaje en las que el azul celúreo de las aguas nos absorbe. Pasamos por encima de dos grandes islas; se ven allá abajo como dos trozos de cuero añadidos a la sábana marina: Córcega y Cerdeña. Más adelante, bajo el alerón izquierdo, antes de entrar a la península ibérica, Menorca, Mallorca e Ibiza como tres rocas inmensas, lejanas, detenidas en el agua.

Aterrizamos. Por fin llegamos al Madrid de la apetencia, al Madrid que siempre quisimos recorrer. Después de las revisiones recelosas, salimos del aeropuerto de *Barajas* y con las maletas en la mano, abordamos el metro madrileño que nos lleva hasta la Puerta del Sol, ubicada en el centro imaginario de Madrid; es una plazoleta donde desembocan diez calles desde distintas direcciones, cenit del movimiento ciudadano, alma de la ciudad y alarde justificado de los españoles.

Le llaman Puerta del Sol porque cuando Madrid era una pequeña población amurallada, ahí se encontraba una puerta a manera de arco, como varias de las que exis-

ten en la ciudad, en cuyo remate tenía esculpido un sol.

Cuando llegamos, precisamente un sol de naranja intenso está comenzando a caer. Hay un tráfico incesante y gente en cantidad que va y viene en la confluencia de las calles.

Nos instalamos en una habitación reducida pero confortable del Hostal del Pilar, ubicado en la céntrica calle de Carretas. Descansamos un poco y después de compartir nuestros asombros, nos damos un baño para salir a la noche madrileña.

La plazuela está rodeada de edificios uniformes, típicos de la Europa del siglo XIX, iluminados con buen gusto. En el centro hay una estatua ecuestre de Carlos III fundida en bronce. Más allá, el emblema de la ciudad: una escultura, también en bronce, de un oso erguido, el cual recarga sus manos en el delgado tronco de un madroño.

Al frente, la Casa de Correos, hoy Palacio de la Comunidad de Madrid, edificio antiguo rematado por un enorme reloj. Aquí se encuentra el “kilómetro cero”, que oficialmente es el punto de partida de todas las carreteras de España.

Caminamos por algunas calles. Aunque es abril, la noche se siente fría. Además de los comercios, encontramos en abundancia las famosas tabernas madrileñas, decoradas con azulejos y cerámicas de diversos colores. La charla, el humo de los tabacos, la música y el calorcillo que de ellas se desprenden como una emanación bohemía, le dan a la noche ese sabor de fiesta que en México presumen los típicos personajes españoles.

Muy distinto al centro de Roma o de Florencia. Es cierto, allá también hay gente, luz y noche, vino para beber... pero acá encontramos como distintivo palpable la

gracia familiar de nuestro idioma, la raíz de una tradición muy conocida...

La gastronomía ya huele a Iberoamérica, son las nueve de la noche y el hambre se delata.

Caminamos por la Gran Vía, hacia el oriente nocturno de la ciudad y nos detenemos en un restaurante que se ostenta como El Museo del Jamón, un establecimiento cálido donde se respira casa.

Las mesas están dispuestas y en el fondo, en una barra, cuelgan sendas y verdosas piernas de jamón serrano, envueltas en una red y de apariencia envejecida. Entendemos entonces el carácter de *museo* de este restaurante *sui generis*. Sin embargo, el mesero nos explica que son piernas de cerdo preparadas de acuerdo con el antiguo procedimiento español de salazón de la carne y el posterior almacenamiento en bodegas para su conservación y curación. Nos sugiere ordenar unos trozos para probar, pero ante aquel color verdoso y avejentado preferimos cenar un filete de res, papas a la francesa, manzanas asadas y vino tinto.

Después de una muy agradable sobremesa salimos al aire fresco para seguir caminando bajo el ámbar de las luces urbanas. La noche es apacible, sosegada... éste es el Madrid hasta ayer inalcanzable. Con la mirada sobre los enlosados nocturnos pienso: "Cuánto mundo en cada calle, cuánta vida en cada bar..."

Las sombras se han ensanchado hasta abarcar el fondo donde desembocan las aceras, el frío aprieta y los ojos se ponen pesados. Es hora de regresar al Hostal del Pilar donde nos espera la tranquilidad del sueño anochecido.

En el nuevo día la mañana madrileña huele a sol desde el primer instante. Un aire fresco ocupa las callejas



mientras la gente camina en distintas direcciones, tocada por el sonrojo de la luz amanecida. Nosotros buscamos un cajero de red para renovar el recurso. La pantalla dice que todo está en orden y nos extiende el generoso calorcillo de los euros. Seguimos caminando y encontramos un cafetín donde se percibe el ambiente del desayuno necesario. Ordenamos jugo de naranja, café, huevos con tocino y pan con mantequilla.

Se está a gusto en el lugar. Mientras comemos hacemos un plan general para tres días en España. Ya está. Hoy nos quedamos en Madrid, mañana vamos a Toledo y pasado mañana a San Lorenzo del Escorial.

Salimos y tomamos la Calle Alcalá. Preguntamos a una señora por el Museo del Prado y además de decirnos con precisión por dónde nos debemos ir, le sugiere a Silvia que no lleve su mochila en la espalda y más bien se la ponga al frente para evitar tentación a los ladrones. Es agradable el paseo por la Calle Alcalá, una avenida ancha, con mucho tráfico. Caminamos hacia el oriente y al frente podemos ver a la Cibeles, el Palacio de Comunicaciones y más allá, la Puerta de Alcalá. Llegamos a donde la Gran Vía se cruza con el Paseo del Prado y ya estamos frente a la Cibeles, una escultura preciosa que representa a la diosa del mismo nombre, símbolo griego de la agricultura, de la tierra fecunda y generosa, madre de la vida. Su porte es totalmente clásico. Va sentada sobre un carro tirado por un par de leones los cuales, más que fieros, parecen nobles y hasta dóciles. Atrás, a su izquierda, el Palacio de Comunicaciones, un conjunto arquitectónico de estilo neogótico y belleza sorprendente.

Doblamos a la derecha para seguir andando ahora por el Paseo del Prado, una avenida con un gran camellón ajardinado. Después de pasar la Plaza de Cánovas

del Castillo en cuyo centro se yergue la Fuente de Neptuno, atravesamos la calle y nos detenemos en un puesto a comprar llaveros, postales y otros detalles para llevar a los amigos. Intercambiamos algunas palabras con la jovencita del quiosco y aprovechamos para preguntarle cómo haremos para ir a San Lorenzo del Escorial. Dice que debemos trasladarnos en el metro hasta la estación Moncloa para de ahí tomar un autobús foráneo. Nos repite la palabra y la escribe en el reverso de un sobre con su bolígrafo azul y una letra *script* impecable.

Continuamos nuestro trayecto y ya estamos enfrente del Museo del Prado. Un cartel gigante anuncia la exposición temporal de *Bodegones* de Luis Meléndez. En la entrada lateral, una estatua de Goya parece observar el edificio, cuyo proyecto arquitectónico fue concebido por Carlos III en 1786 y continuado por Carlos IV, para quedar prácticamente terminado a principios del siglo XIX, en 1808. El constructor fue Juan de Villanueva.

El conjunto tiene tres fachadas de corte clásico, la principal, ubicada en el Paseo del Prado, de estilo dórico, la norte es jónica y la sur, corintia. En sus galerías alargadas y de diferentes niveles, se expone una de las colecciones pictóricas más vastas y más bellas del mundo, según dicen los expertos.

Seis euros cada uno y ya estamos entrando por la puerta norte. En el vestíbulo hay una especie de aduana. Ahí nos piden dejar la mochila y la cámara de video. La *Pentax* sí nos la dejan pasar con la advertencia, nada nueva, de que sólo podremos tomar fotos sin usar el flash.

Son las diez de la mañana. Al comenzar a recorrer las extensas galerías nos damos cuenta de que aun cuando le dediquemos el día entero, no alcanzaremos a apreciar con calma todos los cuadros ahí expuestos. Como la

idea es destinar la tarde a visitar otros sitios de Madrid, nos proponemos durar hasta la una de la tarde *y lo que alcancemos a ver*.

De cualquier manera podemos admirar gran parte de la colección. Conforme avanzamos nos vamos encontrando con pinturas muy conocidas, obras que hemos visto en algunos libros o en catálogos de arte.

Es imposible describir en tan poco espacio toda la riqueza pictórica del museo. Habría que extenderse demasiado para mencionar la totalidad de escuelas ahí representadas.

En las primeras salas se expone la pintura románica y gótica de la España medieval, desde las escenas de caza hasta la majestad del Pantocrátor. Después los primitivos flamencos, incluidos pintores como El Bosco y Jan Van Eyck.

Más adelante, las galerías acogen el movimiento renacentista con cuadros de Botticelli, Rafael Sanzio, Tiziano, Tintoretto...

Otra vez lo digo. Simplemente no se puede hacer una descripción exhaustiva de la impresionante colección aquí resguardada. El ir y venir de una galería a otra, la enorme cantidad de obras expuestas, la gente en multitud, el desconocimiento del interior del edificio y nuestro tiempo tan limitado, provocan a menudo la confusión de los espacios y al final, sin ningún remedio, visitamos las salas, no con el orden debido, sino más bien buscando, ya sin ruta previa, algunos de los cuadros más representativos.

Así, llegamos hasta el *Autorretrato* de Alberto Durero, un cuadro donde el maestro alemán, vestido con elegancia renacentista y luciendo unos caireles rubios que caen hasta los hombros, clava en el espectador la mi-

rada escrutadora. Las manos enguantadas descansan, una sobre otra, mientras, al fondo, la diminuta ventana deja ver un paisaje montañoso.

Más adelante encontramos en su soledad museográfica al *Caballero de la mano en el pecho* de Doménico, de El Greco, hijo adoptivo de Toledo.

En el cuadro destaca de inmediato la mirada; una mirada serena que sale, desde un rostro afilado, al encuentro con los ojos del espectador. Es un caballero de expresión apacible, sosegada. Su traje oscuro contrasta con la blancura del encaje en el puño visible y el cuello alargado. En la abertura asoma una medalla, mientras la empuñadura de su espada sube como una flama dorada, barroca. En el centro del pecho, la mano con los dedos separados, complementa la sobriedad del personaje.

Después el *Cristo* de Velázquez de composición perfecta. El equilibrio en la escena es evidente: un Cristo fijado a la cruz con cuatro clavos en simetría exacta. La aureola discreta, la cabeza ladeada y las heridas apenas visibles nos hacen sentir al Jesús que acepta su muerte en la más piadosa de las resignaciones.

Andamos un poco más y encontramos casi una multitud frente a *Las meninas*, quizá el cuadro más conocido de Velázquez. La infanta Margarita, con sus damas de compañía está en el estudio del pintor, pero curiosamente no es a ella a quien pinta. El autor juega con el espectador, le plantea un enigma espacial; maneja el ilusionismo en una atmósfera barroca donde los elementos se desdobl原因 para integrar una composición engañosa y atractiva, intrigante y seductora. En la figura central Velázquez no ha pintado el pelo y el vestido de la infanta, en realidad ha pintado la luz, adueñada por un momento de los caireles dorados y la seda de una prenda exquisita,

esa luz que en torrente enciende un rostro infantil hasta hacerlo brillar como un ascua en el centro de la estancia.

Seguimos el recorrido y encontramos cuadros y más cuadros. Llegamos hasta donde Goya, Francisco de Goya y Lucientes, nos presume el más famoso de sus lienzos: *El tres de mayo de 1808 en Madrid: los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío*.

El dramatismo de la escena es evidente. Varios españoles se oponen a la ocupación napoleónica y caen fusilados por un agresivo pelotón de soldados franceses. El autor ilustra la masacre en un cuadro nocturno. Los colores que van desde el negro, al café y al ocre, se suman al aire de tragedia.

En el centro visual de la composición, un mártir a punto de ser ejecutado, levanta los brazos para ofrecer su pecho a los fusiles asesinos. La mirada atónita, revela el pasmo ante la aniquilación; no implora nada, sólo expresa su asombro, su desconcierto, su horror al presenciar toda esa rabia del hombre contra el hombre...

No alcanzamos a ver más. Debemos salir para seguir conociendo este Madrid mágico que nos envuelve.

Afuera del museo hay una especie de estación donde se ofrece un servicio de autobús turístico. Son vehículos panorámicos de dos pisos, los cuales, por tres euros, pasean al visitante por toda la ciudad con guía incluido. Decidimos subir a uno, nos ubicamos en el segundo nivel, a cielo abierto; nos ponemos los audífonos para escuchar la explicación de la guía y hacemos el recorrido por las amplias avenidas madrileñas hasta lugares jamás imaginados.

Debajo de un cielo nublado que en tramos nos regala pausas de sol, cruzamos por la fuente de la Cibeles, luego por la puerta de Alcalá, soberbia construcción, mo-

delo de equilibrio y simetría, arcos, columnas, un remate neoclásico poblado de ángeles y la inscripción que dice: Rege Carolo III Anno MDCCLXXVIII.

Más adelante, aunque de paso, conocemos la Plaza Cristóbal Colón y el estadio Santiago Bernabeu donde Hugo Sánchez cautivó a los españoles.

Las amplias avenidas del Madrid moderno se abren a la vista y a la fotografía. La tarde ha seguido su curso y el cielo se ha puesto negro. Pasamos frente al Palacio Real y la catedral de la Almudena. Entonces, el diluvio. Una tormenta repentina nos obliga a pasarnos al nivel de abajo. La guía, una mujer joven, continúa la explicación a pesar del estrépito del agua. El turibús trata de seguir su marcha, sin embargo, se ve obligado a detenerse pues el tráfico se ha vuelto pesado y peligroso. Se estaciona. La lluvia incesante ha comenzado a inundar el interior del autobús, el agua se cuele en caudal por el segundo piso totalmente descubierto. Antes de que nos llegue a los tobillos nos bajamos para guarecernos en un comercio. Ahí esperamos. Después de media hora, amaina y podemos seguir caminando por las calles.

Son ya las cinco de la tarde. Andamos hasta la Plaza Mayor bajo una lluvia menuda. Entramos a la construcción de planta rectangular, pero la mayoría de los negocios están cerrados y la explanada luce ya semivacía. En el centro de su atrio gigantesco resiste la inclemencia una estatua ecuestre de Felipe III, regalo hecho al rey por Cosme de Médicis. Ahí, sobre un pedestal enrejado, se yergue el monarca español, revivido en el bronce vaciado en la ciudad de Florencia por el gran escultor Gianbologna.

Caminamos bajo los arcos solitarios. Los pasillos están húmedos por la lluvia. Llegamos hasta donde dos

individuos de aspecto desaliñado y sucio, sentados en el suelo, nos increpan. Parecen ebrios consuetudinarios y se expresan con enojo. Nos dicen algo agresivo que no entendemos y mejor nos retiramos. Salimos a la Calle Mayor y caminamos en dirección a la Puerta del Sol. Encontramos una tienda de deportes que aún no cierra y ahí compramos una playera del Real Madrid para Armando Israel y una de la selección española para Ulises Nazaret, nuestros hijos varones.

Es tarde y el hambre llama. Pronto oscurecerá. Seguimos hasta el Museo del Jamón donde comemos -¿cenamos?- filete de cerdo con salsa dulce y vino tinto. Más tarde, la caminata deliciosa por las calles nocturnas, húmedas, del centro de Madrid. Los detalles arquitectónicos de los edificios, rescatados de la sombra por una luz ámbar deliberadamente repartida, le dan a la ciudad el toque exacto de las urbes europeas. El piso mojado duplica los destellos como un espejo nocturno y apacible.

Ha sido suficiente para ensanchar el sueño y volver a la tranquilidad del hostel a fantasear sobre el siguiente día.





**Toledo,  
arcón de culturas**



Nos levantamos tarde. Son las diez de la mañana. En España ya no hay más *Ardolino* que nos lleve ni guía que nos dé una detallada explicación. Vamos a Toledo. El recepcionista del hostel nos dice: *Para llegar allá debéis tomar un autobús foráneo. Iréis primero a la estación de Atocha. No es lejos. Tres o cuatro paradas en el tren subterráneo y ya está.*

El metro de Madrid es cómodo y eficaz, hay orden y limpieza pero no le faltan los ladrones. Lo compruebo yo mismo cuando, al bajar del vagón quiero sacar mi cartera para pagar el siguiente transporte. Claro. Ya no la tengo. Ciento veinte euros, mi credencial de elector y mi licencia de manejo se quedan en Madrid sin mi consentimiento. Por fortuna mi pasaporte lo trae Silvia en su mochila y eso me devuelve el aliento y le pone color a mis labios nuevamente.

Después del susto y de varios *hubieras* sugeridos, llega la resignación forzada y, sin más, nos vemos en un autobús de primer mundo ya rumbo a Toledo, confortados por la perspectiva de conocer las tierras donde el Cid, hace mil años, reivindicó su honra y la de sus hijas, humillando a los infantes de Carrión, luego de que éstos, como indignos esposos, las habían afrentado en un robledal de Corpes. Ante esta posibilidad de oro, la cartera es lo de menos.

Con la evocación de las Cortes convocadas en To-

ledo por el rey Alfonso VI y aquellos versos del Poema que cantan: *Ya les va pesando a ifantes de Carrión,/porque en Toledo el rey fazie cort;/ miedo han que i verná mio Cid el Campeador...* nos acercamos a nuestro destino.

En menos de una hora estamos entrando a la magia de la ciudad, a la provincia romana conocida como *Toletum*, capital del reino visigodo, cuna del arte mudéjar y espacio donde coexistieron tres de las grandes culturas de la humanidad: la judía, la árabe y la cristiana. De ellas hay vestigios a cada paso, no sólo artísticos, sino también religiosos y lingüísticos.

Toledo fue edificada sobre un montículo rocoso bordeado por las tranquilas aguas del río Tajo. En cualquier libro acerca de su historia podemos encontrar el célebre cuadro que retrata la ciudad en una panorámica casi espectral, pintado por su hijo predilecto: Doménico Teothocópulos, más conocido como *El Greco*.

Pasamos por enfrente de la famosa *Puerta de Bisagra*, nombre derivado del árabe *Bab-shara*, cuyo significado es *Puerta a la Sagra*, la cual se ha convertido en el símbolo de la ciudad. Es una construcción preciosa, edificada en el siglo XVI por mandato de Carlos V y utilizada durante muchos años para controlar la entrada y salida de personas y animales. Fue importante además como escenario de los protocolos y el movimiento militar.

El conjunto lo integran un arco de medio punto rematado por un frontispicio triangular y una soberbia águila bicéfala; éste a su vez está flanqueado por dos anchos torreones coronados que le dan un aspecto de fortaleza medieval.

Ahí está, con su estatura de piedra impenetrable, elevada en su castilleja densidad, engarzada como joyel

de roca viva y apostada como centinela insomne de una urbe forjada en la leyenda.

El autobús sigue su curso y llega a una estación; ahí bajamos para seguir a pie hasta la Plaza de Zocodover, una explanada triangular donde las familias toledanas se reúnen para la convivencia, los niños juegan, las mujeres charlan, los ancianos jubilados dormitan...

Cuenta la tradición que en esta pequeña plaza, el Cid, en presencia del rey, hizo una exhibición pública de las habilidades de Babieca, su caballo legendario: *E quando llegaron a Zocodover, el Cid yendo en su cavallo que dizen Bavioca, dixole el rey: "don Rodrigo, fe que devedes que arremetades agora esse cavallo que tanto bien oí decir"*.

El nombre de la plaza, un tanto extraño para nosotros como hablantes del español de México, es una castellanización de la expresión árabe Suk-al-dawab, que quiere decir "mercado de las bestias".

Desde este lugar podemos observar, hacia el sur, el Alcázar de Toledo, el cual no es ya sino la reconstrucción de un edificio anterior que fue bombardeado hasta el cansancio por las tropas falangistas, en un asedio furioso durante la Guerra Civil Española. Su belleza, sin embargo, es innegable: una fortificación de planta cuadrada con torres puntiagudas en los ángulos, edificada en la parte más alta de la ciudad y que ahora alberga la Biblioteca Autónoma y el Museo del Ejército. No podemos entrar. Está cerrado por obras de rehabilitación. Lástima.

Es hora de almorzar. Seguimos por la calle del Comercio hasta llegar a un restaurante modesto pero atractivo: las mesas dispuestas, la plática de los comensales y el excelente aroma de algún guiso nos animan a entrar y pronto nos atienden. Comemos judías, milanesa,

ensalada de vegetales y vino tinto. Hay música de fondo, decoración de madera y en las paredes, grabados en sepia de las callejas de Toledo.

Son las dos de la tarde y seguimos en dirección al centro, por la calle del Comercio, en cuyo fondo celeste se eleva la torre única de la Catedral. A donde vaya la vista hay confluencia de callejas estrechas que suben, bajan y serpean detenidas en los años... encontramos fortificaciones medievales, arcos sólidos, baluartes de ladrillo desnudo ensamblado en mil formas artísticas distintas, torres de estilo mudéjar, de ese estilo híbrido y peculiar surgido como una fusión de lo musulmán y lo cristiano.

Hay mucha orfebrería. Nos detenemos en un establecimiento de nombre *Damasquinos y grabados*. Silvia compra una virgencita trabajada en oro con la primitiva técnica del damasquinado, que, según nos explica el orfebre, ya la realizaban en el antiguo Egipto, en Grecia y Roma y fue traída por los árabes hasta Toledo.

Más adelante encontramos locales donde venden las famosas espadas toledanas. Son muy bellas, pesadas, de gran tamaño... sin embargo no podemos comprar una porque el artesano nos dice con sinceridad: *Si no cabe en la maleta, no os la van a dejar subir al avión*.

Mientras sostengo una entre mis manos, otra vez se hace presente el inevitable Rodrigo Díaz de Vivar, ahora con sus armas legendarias, Tizona y Colada, de hojas esplendentes y empuñaduras de oro puro:

*Sacaron las espadas Colada e Tizon,/ pusiéronlas en mano del rey so señor;/ sacan las espadas e relumbra toda la cort, las maçanas e los arriazes todos d'oro son;/ maravillanse dellas los omnes buenos de la cort...*

Bajamos hasta la Plaza del Ayuntamiento. Silvia siente el amago de un ligero ataque del asma que la ha

fastidiado en los últimos años y se recuesta en un prado. Dormita un poco mientras yo fumo sentado bajo una arcada breve y aspiro con el humo la emoción de estar frente a la mismísima Catedral de Toledo, un edificio gótico en el que se advierten algunas influencias islámicas y cuya construcción comenzó hacia 1226, justo en el sitio donde se encontraba la mezquita mayor de la ciudad en los años del dominio musulmán. Según la cédula informativa, sus últimas bóvedas se cerraron en 1493.

Sobra decir que la arquitectura de la catedral y la riqueza artística de sus naves merecerían un estudio aparte, pero no se puede dejar de mencionar la excelsitud. Las imponentes columnas, los muros, los rosetones y vitrales le dan el aura de la quietud y el color del misticismo; las altas nervaduras típicas de la bóveda de crucería, los arcos ojivales, los murales... ante tanto esplendor sólo puede uno preguntarse ¿cómo hace el hombre para embellecer tanto la materia?

A través de la reja que lo resguarda, observamos el retablo mayor. Tal vez no tenga paralelo. Es bellísimo. Está hecho de madera tallada sobre la cual refulge el dorado impuesto a fuego. En medio de la nave central el *Coro interior*, un recinto con decenas de asientos dispuestos en derredor y arcadas exquisitas donde destaca una virgen sonriente y por lo mismo extraña. De acuerdo con la cédula, es única en el mundo.

En el interior de la Catedral se encuentran varias salas que acogen diversos objetos sacros. En una de ellas se exhiben ricas vestiduras de altos prelados, en otra se salvaguarda en vitrinas de diferentes tamaños, el llamado *Tesoro catedralicio* integrado por bastones, coronas, estatuillas, cálices, cofrecillos y platonos hechos de oro puro, incluso libros conventuales con riquísimos empastados.

Pero el mayor atractivo es la joya reina de la colección, conocida como la *Custodia*, una reliquia de preciosismo excepcional, parecida a una torre gótica, la cual es paseada por las callejas de Toledo durante la fiesta del Corpus Christi, para la veneración abierta de los fieles.

En la *Sacristía* se exponen varios cuadros de El Greco. En las paredes laterales, óleos de los Apóstoles y en el frente, la famosa pintura conocida como *El expolio*, donde, próximo a ser crucificado, se ve a Jesucristo con los ojos hacia el cielo, ataviado con una túnica roja, flanqueado por una muchedumbre y a punto de ser despojado de sus vestiduras.

No está permitido tomar fotografías ni videografiar, pero para seguir la tónica del concepto que tenemos los mexicanos acerca de las prohibiciones, yo hago algunas tomas en las diferentes salas hasta que un guardia lo advierte y me llama la atención. Demasiado tarde para él pues ya grabé todo lo descrito.

Salimos a la Plaza del Ayuntamiento, andamos algunas calles para llegar a la iglesia de Santo Tomé, un templo del siglo XIV que ostenta una torre, la cual según los entendidos, es la mejor muestra de la arquitectura mudéjar toledana.

Al entrar, escuchamos un tenue canto gregoriano; viene desde el fondo de la nave, las voces monocordes, conventuales, se esparcen como un efluvio de paz, de evidente piedad en la quietud del silencio religioso.

A la derecha encontramos el mayor atractivo del templo de Santo Tomé, considerado por muchos la obra maestra de El Greco: *El entierro del Señor de Orgaz*.

En él se representa el momento en que se está dando sepultura a don Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de Orgaz; San Esteban y San Agustín sostienen el cuerpo



para depositarlo en la fosa, mientras, sobre los dolientes ataviados con trajes luctuosos, se agita una dimensión celestial donde Cristo y su séquito inagotable reciben el alma del finado.

Después del asombro religioso salimos a tomar algo de aire y nos sentamos enfrente del templo, en la banqueta, para descansar un poco. Observamos a lo lejos, calle abajo, algunos niños saliendo de una escuela. Sus papás los recogen en auto. Son pocos los infantes. No es el tumulto de escolares al que estamos acostumbrados en México.

Yo me doy un tiempo para entrar a una tienda. Compró una coca-cola para Silvia y una cerveza para mí. Es una lata verde cuyo contenido apuro con prisa y discreción. Lo sé, es vía pública y no es propio ingerirla en esas condiciones, sin embargo, como si estuviéramos en México, no sucede nada y me meto por otras dos para así terminar de refrescarme.

Continuamos la andanza y al fondo de un angosto callejón de escasos dos metros de ancho, encontramos la Casa Museo de El Greco, pero –otra vez lo mismo– para nuestra mala fortuna está en remozamiento y no podemos entrar. Recordamos aquí las palabras del guía en Italia cuando nos dijo: *En las ciudades de Europa nunca se puede ver todo en una visita, pues además de que hay mucho para ver, siempre encontrarán que algo está en remozamiento.*

Por último llegamos a la Sinagoga del Tránsito, un oratorio convertido en templo cristiano a raíz de la expulsión de los judíos de España en 1492, y dedicado justamente a Nuestra Señora del Tránsito.

Es una edificación de una sola nave, de gran riqueza decorativa, integrada por ornatos mozárabes y

motivos heráldicos, además de inscripciones hebreas y musulmanas.

En uno de los muros puede verse el nicho que guardaba el cofre de las Escrituras con los rollos de la Ley y los pergaminos de la Torá.

Anexo a la sinagoga está el Museo Sefardí, donde se exponen restos funerarios, laudas sepulcrales y diversos objetos utilizados por la “judería toledana” como estuches, lámparas, rollos, amuletos cabalísticos, objetos litúrgicos, manuscritos, etc.

Llama la atención el hecho de que los judíos conocieran a España como Sefarad, de ahí el nombre del museo y de la lengua sefardí.

Seguimos por algunas callejas y mientras Silvia compra artesanías yo entro en una especie de merendero a tomarme una cerveza. Cuando me sirven la siguiente, Silvia ha llegado hasta mi mesa y me pide ordenar para ella un jugo de naranja. Mientras comemos cualquier cosa, charlamos un rato en ese ambiente bohemio, típico de los bares españoles.

La tarde ya está cayendo cuando estamos de regreso en Zocodover para tomar el autobús a Madrid. En el ambiente vespertino y familiar, un mimo hace gracias para un nutrido público ubicado en su derredor. Cuando atravesamos la plaza yo llevo abrazada a Silvia y, sin que ésta lo note, el mimo, con sonrisa de chiste se acerca, me retira de con ella y la abraza... caminan buen tramo de la plaza juntos hasta que Silvia voltea y sorprendida, se da cuenta del reemplazo. Todos reímos por la broma... excepto Silvia...

Antes de ir a la estación de autobuses, le pido a ella me espere en la plaza en tanto yo desciendo hasta donde pasan las aguas del Tajo para tomar algunas fotos.

Después de diez minutos de bajar escaleras y rampas para automóviles, llego hasta el río y su cauce legendario. Ahí está el Puente de Alcántara (Al-Qantara en árabe quiere decir *el puente*), flanqueado en una orilla por un ancho torreón almenado que ostenta el escudo de los reyes católicos; en la otra, la Puerta de Alcántara con su hechura soberbia de piedra, de un solo arco y remates excelentes.

Recorro el puente, cuya longitud no va más allá de doscientos metros y después de atravesar una carretera que bordea el río, subo a un pequeño montículo y desde ahí apunto el lente de mi *Pentax* hacia el Alcázar, el cual, con el sol ya casi oculto, ha adquirido un encantador tono rojizo.

La panorámica de Toledo se ve preciosa en el contraluz del cielo vespertino. Tomo algunas fotos del puente, lánguido ya por el sosiego atardecido de las aguas que avanzan con lentitud para encontrar la noche.

Vuelvo hasta donde Silvia me espera y juntos caminamos en el gris, ya nocturno de las calles, hasta llegar al autobús para el regreso a Madrid.

Llegamos a las diez de la noche. Es tarde y la estación de Atocha luce solitaria. Pasamos caminando al lado de una de las grandes vidrieras, muy cerca del lugar donde ocurrió la explosión principal de los atentados del M-11.

El sitio se ha convertido en un altar enorme en el que la gente ha depositado diversas ofrendas en memoria de las víctimas: poemas, dibujos, arreglos florales, listones negros, veladoras encendidas, fotografías, letreros de condena, consignas, paños luctuosos, recortes de periódico, oraciones manuscritas... un collage de dolor e indignación por el atentado a la vida, homenaje popular

y anónimo para las más de 190 personas fallecidas en un amanecer trágicamente sorpresivo.

Apenas alcanzamos tren de regreso a la Puerta del Sol y llegamos al hostel para soñar en un Toledo que a partir de hoy, ha dejado de ser un espejismo.

**San Lorenzo del Escorial,  
panteón de reyes**



Otra vez nos hemos levantado tarde. Al parecer, el cuerpo ya acusa cansancio. Son trece días de trajín y comienza a sentirse la necesidad de dormir un poco más. Apenas hay tiempo para darse un baño y salir a tomar el metro.

Sin ningún problema llegamos hasta la Moncloa, tal como nos lo dijo la jovencita del Paseo del Prado. Ahí tomamos un autobús foráneo que habrá de llevarnos hasta San Lorenzo del Escorial. El trayecto es una buena oportunidad para admirar la llanura castellana pero también para dormitar sin preocupaciones. Aunque nos perdemos el deleite del paisaje campestre, el viaje nos compensa con el placer abreviado de una siesta.

Después de una hora llegamos a la terminal. Paseamos por las callejas de un poblado apacible, de quince mil habitantes, inmerso en la Sierra de Guadarrama. Buscamos un lugar para desayunar algo pues son ya las once de la mañana y tenemos hambre. Pedimos el famoso cochinitillo pero, según nos dicen, sólo lo sirven hasta más tarde y debemos conformarnos con una sencilla pero deliciosa torta de huevo y papas, acompañada de café.

Hay señalamientos que indican por dónde debemos caminar para llegar al monasterio, objetivo central de nuestra visita. Atravesamos algunas callejas y luego de pasar un gran arco, extenso y achaparrado, encontramos el espectáculo: una edificación grisácea, simétrica y

gigantesca, hecha de granito.

Parados en la ancha explanada lateral, a la que llaman Lonja, observamos admirados el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. El rey Felipe II lo mandó construir para conmemorar la victoria de la armada española, el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo, sobre las tropas francesas de Enrique II en la ciudad de San Quintín. Fue comenzado por el arquitecto Juan Bautista de Toledo en 1563 y terminado por Juan de Herrera en 1584.

La UNESCO lo declaró patrimonio de la humanidad y en su tiempo estuvo catalogado como la octava maravilla del mundo.

Un vientecillo helado baja de la sierra. Entramos por la puerta norte y pagamos nuestra entrada. Junto con otros visitantes esperamos unos minutos la asignación de guía y luego iniciamos el recorrido.

Toda la construcción es regia, y aunque equilibrada y sobria, tiene el sello exacto de la suntuosidad en que vivían los monarcas europeos. En un mismo edificio se integran palacio, monasterio, templo y panteón real.

En principio entramos a lo que fueron los aposentos de Felipe II, cámaras espaciosas donde se ven muebles de diferente hechura, sillas, camas, pinturas, retablos, decoraciones exquisitas de madera, tapices, objetos personales, etc. Afuera, a través de los ventanales, observamos los jardines elegantes, simétricos, impecables en la luz del mediodía.

Recorremos pasillos, doblamos esquinas, subimos o bajamos escalones para pasar de unos espacios a otros y por ello es difícil conservar la orientación. Sólo teniendo un plano previo podríamos ubicar con aproximación los lugares que estamos visitando.



Después de descender una alargada escalera, cuya iluminación realza el dorado regio de los ornamentos laterales, llegamos al espacio destinado al reposo final de los monarcas: el Panteón Real donde se preservan los restos de diferentes reyes.

Estamos justo debajo del altar mayor de la basílica. Aquí, en este espacio octagonal, donde prevalecen los mármoles verdes y negros y el bronce dorado, descansan los restos de monarcas de la Casa de Austria y de Borbón, reyes y reinas que se ciñeron la corona española y decidieron el destino de miles y miles de seres humanos.

Aquí están Felipe II, Felipe III, Alfonso XIII, Carolus V, *imp. et rex.*, aquél a quien ese conocido nuestro, Hernán Cortés, le dirigió sus famosas *Cartas de relación*, documento seriado donde describe la vida y costumbres del pueblo azteca, así como la guerra que les dio hasta hacerlos caer el dramático y tristemente memorable 13 de agosto de 1521.

Como mexicano, en este sitio, justo donde duermen los huesos del monarca en cuyo imperio *no se ponía el sol*, no puedo sino pensar en el tremendo lugar común de la fugacidad del poder, pequeño o grande, en la brevedad de toda existencia humana, fastuosa o miserable, que no viene a parar sino en un caduco montón de huesos.

Ahí está la majestad de reyes y reinas, la ceniza orgánica de sus empeños, encerrada en un féretro de bronce dorado y mármol que al final, si es permisible otra vez el redundante lugar común, daría lo mismo si fuera una vasija de barro enterrada en la aridez de un monte.

Después pasamos al Panteón de Infantes, donde, en diferentes nichos de variadas formas y ornamentos, contruidos con mármoles de Florencia y de Carrara, duermen el sueño eterno las reinas que murieron sin des-

cendencia real, príncipes y princesas, infantes e infantas, incluso hijos naturales de monarcas, como es el caso de Juan de Austria, bastardo de Carlos I de España y V de Alemania, procreado con Bárbara Blomberg y cuya muerte, a los 32 años, según se dice, sigue siendo un misterio.

Aquí estamos, junto a la tumba de este personaje. Un catafalco de mármol blanco con insignias y leyendas. Sobre él se tiende una estatua yacente, también de mármol, esculpida por Giuseppe Galletti. La cabeza descansa sobre dos cojines reales, los rasgos faciales denotan el estado cierto de la muerte, las manos a la altura del pecho empuñan una espada que baja en horizontal, la armadura de batalla al punto, un león vigila junto a sus pies... los guantes colocados sobre la tumba indican que el personaje no fue muerto en el combate...

Según la guía, quien nos explica con toda naturalidad, los cadáveres yacentes en el panteón del monasterio no han sido sepultados directamente en su lugar actual, sino que antes han debido pasar entre veinte y treinta años en el *pudridero*, un espacio donde transcurre el proceso de descomposición de los cuerpos y acaba de terminar la corrupción de toda humedad orgánica, donde se disipa en absoluto cualquier emanación putrefacta. Después de ese lapso, en medio de solemne ceremonia, se transfieren los restos a su sepulcro definitivo de bronce brillantes y mármoles inmaculados.

Salimos de los panteones para subir a la basílica. Es tan preciosa que sólo ella sería gloria del monasterio. Aquí se distribuyen con gran armonía, oratorios, cornisas, pinturas, órganos, altares, capillas, arcos, retablos, bóvedas... El altar mayor es impresionante... a sus lados los cenotafios, conjuntos escultóricos en bronce dorado,

uno de la familia de Felipe II y el otro de la familia de Carlos V. La guía subraya que a un lado del altar mayor está la habitación de Felipe II, lo cual permitía al monarca, en ocasiones de imperiosa necesidad, seguir desde su cama el oficio religioso.

Luego la Sacristía, una sala alargada de bóveda continua. En ella se exhiben algunos objetos litúrgicos y pinturas de las escuelas española, flamenca e italiana; sobresalen obras de Tiziano y Claudio Coello.

De ahí pasamos a las Salas Capitulares, donde antiguamente los monjes celebraban sus reuniones o capítulos, en ellas, con toda solemnidad confesaban mutuamente sus culpas con el objeto de tener presente su obligación perpetua de alejarse del pecado. En este espacio también se exponen varios cuadros de autores como El Bosco, Lucas Jordán y Mario de Fiori, entre otros.

Los ventanales dejan observar afuera el Jardín de los Evangelistas, donde el sol de la tarde brilla en el verdor simétrico, en los setos impecables, en el trazo escrupulosamente cultivado de este vergel extraordinario.

Después, la Biblioteca, lugar donde se resguarda uno de los acervos más importantes del orbe. En sus estantes de madera tallada con gran exquisitez se preservan increíbles tesoros bibliográficos. Según la guía, en este espacio de bóvedas y arcos continuados se encuentra una colección de cuarenta mil volúmenes pertenecientes a la biblioteca personal de Felipe II; entre ellos destacan nada más y nada menos que las Cantigas de Santa María, redactadas por Alfonso el Sabio, manuscritos de Santa Teresa de Jesús, textos mozárabes originales, incunables escritos en árabe, hebreo, latín, griego e incluso náhuatl. Pero el que quizá sea el más valioso es el llamado Códice Áureo, procedente de Alemania, gloria del arte libresco

medieval y escrito con letras de oro puro.

Veo los estantes de madera finamente tallada, henchidos con ese caudal de increíbles volúmenes y un escalofrío me recorre. Las manos me cosquillean por entresacar uno, tocarlo, admirarlo, contemplar sus hojas abiertas, aspirar el espíritu medieval que los creó, advertir el éxtasis de los monjes copistas quienes dejaban la vida en cada página y morían llorando de alegría, convencidos de que cada letra ahí plasmada era un pecado perdonado.

No. No se puede. En los museos las piezas no se tocan, me digo a mí mismo; además, están resguardados con una telilla metálica muy discreta y eso termina de inhibir mi tentación bibliomaniaca. Me quedo con el escalofrío, con el estremecimiento que me hace decir con José Juan Tablada, poeta nuestro: Libros que habitáis la estantería, *tan cerca de mis ojos, tan lejos de mi vida...* En este momento no hay verdad más real ni evidencia más clara. Maldición.

Basta. Vayamos a otra cosa. En la gran nave de 54 metros de largo, cuyas bóvedas están adornadas por frescos de Tibaldi alusivos a las artes liberales, se exhiben también mapas e instrumentos científicos antiguos. Me llama la atención una esfera que la guía define como *armilar*, hecha a base de anillos exteriores e interiores; ella representa el sistema de Tolomeo en el cual, la tierra es el centro del universo.

Salimos al Patio de los Reyes, una explanada interior llamada así porque desde la entrada principal, al levantar la vista, se aprecian en primer plano seis estatuas de cinco metros de altura: ellos son los seis reyes de Judá; destacan David, aquél que cantaba las mañanitas y Salomón, autor de El Cantar de los Cantares.

Para finalizar el recorrido, en el exterior del edificio admiramos la fachada; acorde con todo el conjunto, es digna de asombro por su magnificencia, su equilibrio y simetría.

Sigue soplando un vientecillo helado. El sol de las tres de la tarde se siente tibio. Caminamos a lo largo de la fachada norte y hago algunas tomas. Desde aquí se aprecia el interior del monasterio. Ahí dentro veo un patio amplio donde juega un grupo de escolares como si estuvieran en el recreo.

Me doy tiempo para grabar a una lagartija que toma el sol, posada sobre uno de los muros inferiores. La luz de la tarde enciende de un tono verdusco su perfil rugoso, alargado hasta la punta de la cola. Hago un acercamiento y parece que me ve con su indolente mirada de iguanodonte diminuto. Entonces, como si se hubiera dado cuenta, desaparece metiéndose en una hendidura del granito.

Paseamos por el exterior del edificio para ir después a tomarnos algunas fotos con la fachada principal de fondo.

Acordamos dar por terminado el recorrido y nos dirigimos hacia el pueblo en busca de un restaurante. Llegamos a un lugar tranquilo, ubicado junto a la plazoleta. Entramos y pronto el mesero nos está sirviendo asado de cerdo, ensalada y una jarra de vino tinto. Al poco rato la quietud es rota por un grupo de ocho o diez señoras, quienes llegan y ocupan, cerca de nosotros, una mesa grande. Lo que para ellas es sólo una tertulia vespertina de conversación amena, para nosotros se va convirtiendo en una insoportable gritería. Toman café con apremio, fuman, vuelven brumoso el ambiente, ríen con estruendo y hablan como guacamayas. Lo hacen todas al mismo

tiempo tratando de imponer cada una su opinión sobre el tema y aquello ya no es charla, es más bien un escándalo de voces. Sin embargo, no pelean, sólo platican animadamente. Aquí entiendo *ese tono levantado del español* del que habla León Felipe.

El sol inclinado de la tarde se mete por una de las ventanas, atraviesa los giros de humo y detiene su chispa rutilante en el resto de tinto que aún queda en nuestra jarra. Lo terminamos de un sorbo y después de pagar veintitrés euros salimos a las callejuelas escurialenses. Cuando menos lo esperamos ya estamos abordando el autobús que nos llevará de regreso a pasar nuestra última noche madrileña.

**México,  
el águila y la virgen**





Hoy nos hemos levantado más temprano. Son las nueve y estamos desayunando en un restaurante frente a la Puerta del Sol. Ya no podemos hacer un paseo dilatado pues debemos estar en el aeropuerto de *Barajas* a las doce del día para regresar a México.

Aprovechamos las dos horas que nos quedan y hacemos algunas compras. Silvia entra a una tienda y después de un rato sale con una bolsa de piel para su hermana Teresa y unos zapatos blancos para nuestra hija Silvia Irlanda. Mientras tanto yo he comprado en un almacén de regalos una reproducción preciosa en tamaño normal de una pistola francesa del siglo XVIII.

El tiempo se termina. Sólo nos quedan unos minutos para ir al Hostal del Pilar por las maletas y tomar el metro para el aeropuerto.

En *Barajas* hay un mundo de gente. En una sala atestada hacemos una fila imposible para documentar. Al fin nos revisan el equipaje y abordamos el “Mariana Pineda”, que nos pondrá otra vez en México. Durante la espera he visto en uno de los costados de la nave de Iberia, plasmado el nombre de la heroína española enaltecida por Federico García Lorca en su famoso drama.

El vuelo transcurre sin novedad. Ahora nos ha tocado sentarnos en la parte media del avión. Al centro las filas son de cuatro asientos. Silvia y yo ocupamos los de en medio y no tenemos ventanillas por las cuales poda-

mos ir contemplando el paisaje. A mi lado viaja un hombre. Entre pausas me platica que es empresario poblano y viaja con frecuencia a Europa a concertar sus negocios.

Más interesante es la charla que sostiene Silvia con su compañera de viaje a la derecha; una mujer de Galicia, quien declara su apremio por conocer las pirámides mexicanas. Le pregunta si son *así de bellas e impresionantes como las han puesto en los libros de Historia Universal*.

Entre pláticas, música, alguna película, la comida y el tequila, se pasan las once horas del trayecto y ya escuchamos en el altavoz la inminencia del aterrizaje en el *Benito Juárez* del Distrito Federal.

El avión empieza a descender y la ciudad de México se hace presente. Me llega como una oleada una sensación de seguridad, un calorcito de familiaridad; crece más cuando caminamos ya por los pasillos del aeropuerto, entre la gente que percibimos como nuestra, jalando las maletas hacia la salida para buscar un taxi.

Llegamos a un hotel del centro con los ojos arenosos. Son las cuatro de la tarde y no pensamos en otra cosa sino en descansar. Mañana o pasado tomaremos el avión a Aguascalientes. Dormimos casi quince horas seguidas. Nos levantamos a las ocho de la mañana y después de un baño salimos a la primera estación del metro para ir a la Basílica de Guadalupe.

Nos sentimos muy emocionados de ver otra vez todo esto que es tan nuestro. Antes de entrar al recinto nos metemos a una fonda donde disfrutamos como nunca y hasta la saciedad, el picante de una birria exquisita acompañada de una coca-cola helada, desayuno de campeones, nunca comparable a las salsas dulces y los tintos monótonos del Viejo Continente.

Después de este oxígeno gastronómico entramos al recinto y el gran atrio se desdobra para recibirnos como un enorme abrazo. La gente entra de rodillas al templo, los danzantes ataviados bailan, las familias descansan sentadas en el piso, bajo el sol de la mañana, las señoras venden escapularios, mientras nosotros sentimos la mayor certeza de estar de nuevo en nuestra patria.

Entramos al templo y allá en el fondo, sobre las cabezas del gentío que enciende cirios y canta *Desde el cielo una hermosa mañana...* distinguimos a la virgen como una visión celeste; ahí está la madre de los mexicanos en el ayate simple pero sagrado, en su vivo resplandor de caridad, ahí la nueva Tonantzin en su pedestal del Tépctl yácatl diciéndole a Juan Diego: *¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?*

El porte amoroso y la actitud de ternura ilimitada nos nublan los ojos y por el milagro de estar nuevamente en México, sólo acertamos a murmurar con emoción suspendida el *Dios te salve María...*

Salimos otra vez al atrio para encaminarnos a la vieja basílica, a la antigua, donde por tantos años fue venerada la virgen. Entramos y un torrente de misticismo y mestizaje nos inunda, en sus muros las pinturas virreinales evidencian la fusión de lo prehispánico y lo occidental, los arcos y columnas churriguerescos nos anteponen el México que somos, el que nos enseñaron nuestros padres y vimos en los libros.

A un lado del altar mayor, la muestra más clara de la mexicanidad que ahora nos asedia: una escultura en madera del águila primordial devorando a la serpiente legendaria.

Dejo a la virgen, al barroco, a los cuadros coloniales, al órgano español... ahora el contenido total es

el símbolo, el fundamento, la raíz que es principio, germen y linaje... El águila indomable, altiva, celeste en el momento cardinal, aprisiona la garganta del reptil mal-sano, fermentado, rastrero... alegoría exacta de la vida más próxima y más lejana, del universo más antiguo y de cualquier cosmos ulterior y transitorio...

México occidental, México prehispánico, México mestizo...


\*

La travesía ha terminado. Hoy es 2 de mayo de 2004. Después de quince días estamos de regreso en el cielo de Aguascalientes. Detrás de las nubosidades se advierten las tierras labrantías y más allá, a la luz de un sol atardecido, nuestra ciudad se perfila como un boceto difuso y olvidado. Momentos después aparece la pista del aeropuerto *Jesús Terán* y los alerones del avión levantan sus pestañas. En el fragor del aterrizaje sentimos bajo los asientos una fricción de gomas colosales, cuando de pronto el ímpetu del artefacto se detiene.

Al asomar a la escalera, aspiramos el aroma de nuestra ciudad todavía enfiestada, el viento es una caricia y la calidez del suelo un embeleso. En la sala ya nos esperan nuestros hijos y en los abrazos de bienvenida tenemos la sensación de estar transitando, océano de por medio, de una maravilla a otra maravilla.



Hojas de viaje  
*de Armando Quiroz Benítez*  
se terminó de imprimir el 22 de octubre de 2019  
en los talleres de Servimpresos del Centro  
S.A. de C.V.  
El tiraje fue de 500 ejemplares.

The background of the entire page is a textured, aged parchment color. In the upper right, a dark quill pen is positioned diagonally. Below it, the title 'Océano Atlántico' is written in a cursive, brown ink. The lower right portion of the page features a faint, hand-drawn map outline of the Atlantic Ocean, with the word 'Toledo' partially visible in cursive script near the bottom right corner.

# Océano Atlántico

Este libro es una crónica de viaje, sencilla y explicativa, en la que el autor registra sus impresiones acerca de ciertas ciudades que visitó alguna vez en el Viejo Continente: Florencia, Asís, Roma, Pompeya, Madrid y Toledo, entre otras. La cuidadosa descripción de paisajes, edificaciones históricas, estampas citadinas, obras de arte, personajes, etc. es muestra clara de la vigencia que subyace a esa expresión popular de que *los viajes ilustran*. Por ello, en cada una de sus páginas, el lector podrá comprobar que testimonios como éste, también pueden ser una valiosa experiencia de aprendizaje.

ISBN: 978-607-29-1908-2



9 786072 919082